

LAS OBRAS  
COMPLETAS  
DE  
ANDRES LASZLO SR.



# *LAS OBRAS COMPLETAS*

ANDRES LASZLO SR.

Copyright © 2020 Andres Laszlo Jr.



# EL CASTILLO DE LAS FOCAS

# CAPITULO I

Ahora ya puedo afirmar con toda valentía que la cuadrilla que en aquel entonces solía reunirse en los baños turcos de la calle Dohány era excesivamente heterogénea.

Llevaba cuatro meses habitando allí y, aunque al principio hacía todo lo posible para mantener mi soledad, mi esfuerzo resultó por desgracia completamente inútil en el transcurso del tiempo. Al cabo de dos semanas me di cuenta de que no era el único que hacía vida en aquel lugar y, por su parte, los que ya lo habitaban se percataron también de mi presencia, al verme aparecer día tras día, no tardando en cercarme con su amistad.

Me comportaría de un modo poco agradecido, induciendo al error a mis respetables lectores, si les dejase con la opinión que, con todo derecho, se habrán forjado de mí después de lo que acaban de leer. O sea: la de que soy un sujeto de pocos amigos y un tanto insociable. Y, en verdad, que esto no es cierto ni remotamente.

Para que puedan entender mejor las cosas es preciso que sepan ustedes, ante todo, que soy actor numerario del distinguidísimo «Teatro Cité». Con esto ya creo haber dicho bastante.

Así y todo, mis honorarios resultan ser sorprendentemente exigüos, por lo que mi tren de vida no me permite organizarme tal como dignamente correspondería a mi posición intelectual y al puesto que debo ocupar socialmente. El alquiler de un piso compuesto de dos habitaciones engulliría poco más o menos el doble de mi sueldo y, en cuanto a las habitaciones realquiladas, las considero insoportables, eso sin tener en cuenta que el importe que debiera pagar para poder ocuparlas sobrepasaría asimismo la mitad de mis ingresos. Aparte de todo esto tendría que aguantar continuamente los refunfuños de las patronas, que se quejan de que la ropa se ensucia con excesiva rapidez, de que uno consume demasiada electricidad, de que se rayan los muebles, del sexo de las visitas y de otras tantas menudencias que un verdadero artista no soporta con gusto.

Además, esas mujeres aún empeoran su incalificable conducta exigiendo el pago por adelantado de un mes íntegro de alquiler, sin haberle dado a uno tiempo de instalarse en la casa, cosa que, según mi modesta opinión, resulta indigna y humillante a más no poder ya que no tienen ningún derecho a desconfiar de un caballero al que, si bien se mira, ni siquiera han llegado a conocer.

Los establecimientos de baños turcos, considerados como solución del problema de la vivienda, brindan indudable aliciente. La entrada, en la que va incluido el «desayuno completo», cuesta un *pengő* con cinco pero un taco de diez entradas vale sólo siete *pengős* y medio, lo que, incluidas las propinas de diez o veinte céntimos, derrochadas a la ligera, no llega a resultar a más de veinticinco *pengős* mensuales, debiéndose reconocer por tanto que mi estancia en aquellos lugares era consecuencia de cálculos tan serios como razonables.

El imponente edificio público abría sus puertas a las cinco de la madrugada, hecho que cuadraba y coincidía admirablemente con mi modo de vivir, ya que soy noctámbulo por naturaleza, cosa que, por desgracia, sucede a todos los artistas de Budapest. Por eso, raras veces sucedía que saliera antes de aquella hora del club o del café. Esto explica el que llegara cada día a la casa de baños con extremada puntualidad, siendo, casi invariablemente, la primera persona que franqueaba el umbral del establecimiento.

Sin embargo, muy pocas veces pude ser el primero en alcanzar la entrada, ya que siempre hacía un rato que *la Pantera de Nubia* me había precedido. Los cafés cerraban a las cuatro de la mañana y, sin duda, se dirigía directamente a los baños turcos. Pero siempre me cedió cortésmente el paso, siendo así como tuve asegurada la primacía.

El edificio era amplio y hermoso y constituía una abigarrada mezcolanza del románico primitivo y el rococó tardío, construido con un criterio puramente balcánico septentrional. En su interior había un gran salón, saloncito para desayunar y de lectura, peluquería, taller de

planchado, estancia de reposo con sesenta divanes tapizados de hule y, por fin, una gigantesca sala de baños con dos grandes piscinas y ocho más pequeñas, graduadas desde los dieciocho a los cincuenta grados. Como complemento contaba también con dos cámaras de vapor, de aire seco y húmedo respectivamente.

¡Así era mi hogar...!

Aquellas diez piscinas venían casi a ser de mi exclusiva propiedad hasta las seis o seis y media pues, aunque los primeros bañistas llegaran poco después que yo, desayunaban antes, apareciendo, si es que aparecían, por la sala de baños mucho más tarde.

Por lo tanto, aquellos dos o tres cuartos de hora eran netamente míos y en su transcurso podía entregarme a mis pensamientos con toda tranquilidad.

Durante el breve recorrido que separaba el humo del café de los vapores de los baños turcos solía casi siempre producirme jaqueca el aire fresco e inesperado, al que no estaba acostumbrado. Más no me duraba mucho la molestia, pues el monótono y tembloroso traqueteo de las recónditas calderas así como el vapor todavía completamente puro y las irresponsables rapsodias xilofónicas de las gotas de agua al desprenderse blandamente del techo no tardaban en disipar la pesadez y las molestias arrinconadas en mi cabeza y en mis pulmones.

A eso de las seis empezaban a llegar en bandadas., como pájaros, grupos de borrachos y unos cuantos vendedores del mercado próximo.

Y aquel preciadísimo sosiego cesaba de improviso, convirtiéndose rápidamente en continuo alboroto que concluía por hacerse molesto.

La Dirección — dicho sea en honor suyo — hacía cuanto le era posible para mantener el orden y el silencio, misión encomendada a los vigilantes, que en la misma entrada esforzaban para apaciguar la euforia alcohólica de la clientela. Un gran número de letreros fijados en las paredes ponían en guardia contra las zambullidas y demás inconveniencias. También se veía inserta una orden recordando a los bañistas la obligación de lucir taparrabos, loable esfuerzo para zanjar toda discusión teológica o de biología.

\*

En cuanto llegaba la *Pantera de Nubia* — que era negro por más señas — se dirigía inmediatamente a la sala de reposo donde dormía hasta la llegada del margrave (1) Ubul, momento en que era despertado por el vigilante, presentándose acto seguido ante el noble caballero para ponerse a platicar en inglés. Al cabo de un rato volvía a la sala de los divanes, donde continuaba descansando — con inmutable inhibición de toda actividad que no fuese la onírica — hasta mediodía, hora en que todos debíamos abandonar el local por comenzar el baño de las damas.

(1) *Título de dignidad en Europa Central.*

Aquel negro tenía un sino hartito triste. Era artista, un auténtico artista, y, como tal, su suerte hacía juego con el color de su epidermis.

Pocos años antes todavía era un boxeador del que se hablaba bastante y por cuya tutela se peleaban cuantos apoderados y entrenadores deportivos poblaban la Europa central. Puedo afirmar, sin pecar de exagerado, que no había ninguna ciudad, por pequeña que fuese, en la vasta extensión balcánica, donde no hubiera estado y hecho resplandecer su noble arte.

La teoría de su vocación resultaba sorprendentemente sencilla. Se había percatado a tiempo de que, para agenciarse con absoluta continuidad ingresos monetarios de cierta importancia, era preciso vencer en todos los encuentros o perderlos todos. Aquello le indujo a escoger, sabia y razonablemente, la última de las dos soluciones, convirtiéndose así, en poco tiempo, en el boxeador predilecto del público patriota, así como de los empresarios y púgiles locales de la ya mencionada zona de este mundo. Naturalmente, tenía que cambiar muy a menudo sus nombres de artista y así acaecía con frecuencia que el lunes fuera *León de Libia* en Constanza, *Jaguar de Sumatra* el miércoles en Belgrado y que el sábado le “noquearan” en el décimo asalto en Sofía, como *Tigre de Tánquer*. Y era también perfectamente comprensible que aquellos combates que concluían con un “k.o.” técnico fuesen retribuidos con honorarios mucho más

elevados, que iban acrecentando progresivamente y de manera más alentadora cada vez, sus ahorros, bien asegurados en uno de los Bancos de Budapest.

Por lo tanto era cosa sabida que en muy pocas ocasiones habían podido derribarle gratuitamente y las dos veces que sucedió constituyeron raras excepciones, debidas a que no quería perder el tren y a que su contrincante le había parecido simpático.

Todo marchaba sencilla, llanamente, y de modo tan alentador, que ya casi tenía reunido el dinero para comprar la pequeña finca que le habría gustado poseer a orillas del bello Danubio. Más entonces fue alcanzado por la fatalidad, que en este caso tenía el fatídico nombre de Fátima y bailaba magnética y lujuriosamente la danza del vientre ante turistas extranjeros y guías indígenas sobre una de las pistas de la calle Nagymezo.

*La Pantera* que penetró en aquel establecimiento por mera casualidad, con su “manager”, quedó cautivado por las sensuales contorsiones, rebosantes de exotismo oriental, de aquella mocita de Ujpest; enamoróse de ella con pasmosa rapidez, en el transcurso de tres copas de aguardiente de albaricoques, ingeridas a la ligera, y a la octava copa le propuso casarse con ella.

La chica le rogó que le dejase tiempo para pensárselo mejor, ya que aún ignoraba quién pagaría la cuenta.

Al día siguiente se presentó el muchacho, ya sereno, en el local. Y de un modo natural y espontáneo siguió el caso su curso.

Por cierto que la cartilla de ahorros de *la Pantera* sufrió grave quebranto, registrando más extracciones que un gabinete de odontología. Por fin, tras mil carantoñas, Fátima accedió, de momento, a ser la prometida del púgil.

En las primeras semanas de idilio el novio pagó la matrícula y el abono a la pista de patinaje del hermano pequeño de la bailarina; los recibos atrasados del inquilinato de su casa y los últimos tres plazos de la bicicleta de su padre. Hizo extirpar por vía quirúrgica las amígdalas de la mamá, rescató del Monte de Piedad el reloj y la cadena de oro de la abuela, que llevaban ya quince años en tan benéfica institución, y se asoció aportando tres mil *pengös* al negocio de ornamentación de *árboles de Noél*, de un tío lejano de su amada.

Fátima le acompañó en la primera gira, que dio principio en Bratislava. A pesar de las mansas y humildes protestas del negro, de la más enérgica del empresario y de su propia promesa, la bailarina se acomodó en la primera fila de sillas de ring para presenciar el combate.

Ya tocaba el cuarto asalto a su término, cuando el púgil descubrió a su prometida. La puntuación debía estar tres a uno y el negro procuraba por todos los medios que un buen puñetazo de derecha a izquierda de su adversario no demasiado fuerte, aunque sí vistoso, coincidiera exactamente con su mentón.

Mas ya dije que en aquel mismísimo instante distinguió a su novia quien, excitadísima, se encontraba allí mismo, ante sus propias narices, deshojando nerviosamente la corona de laurel apoyada al pie de su asiento.

El corazón de *la Pantera* latió con violencia, e indeciso, bajó la guardia. Su moravo adversario se dio cuenta inmediatamente de lo que pasaba. Y considerando que merecía la pena aprovechar la oportunidad, hizo una finta con la izquierda para lanzar la derecha hacia la enamorada viscera de su contrincante.

Sin embargo, su decisión fue demasiado tardía: un instintivo gancho de izquierda de *la Pantera*, no por improvisado carente de violencia, se estrelló de tal modo en su barbilla que le hizo perder el conocimiento antes de caer desplomado a tierra. Aún es más cierto que pasó volando, cual amartelado cisne, por encima de las cuerdas, yendo a aterrizar precisamente sobre la mesa de los jueces, que quedó hecha añicos, igual que el cronómetro de un federativo, la tibia del boxeador y su propia carrera tan brillantemente iniciada.

En la rumana Jassy, el encuentro duró sólo dos asaltos, y en Varna (Bulgaria), tres minutos y cuatro segundos. Cuando llegaron a la última etapa del circuito, o sea a Kragujevats, el representante local les aguardaba en la estación para comunicar al púgil que el “campeón” del lugar se sentía indispuerto. Y, tras abonarle sus honorarios, le aconsejó que colgase para siempre sus guantes de boxeo.

Así fue cómo, al llegar a Budapest, era un hombre acabado y ya nadie le contrató más.



Se pasó varios meses viviendo de los jirones de su fortuna y con la creencia de que la danzarina oriental regresaría de Estocolmo para reunirse con él. Fátima le mandó un telegrama, una tarjeta postal y una fotografía que hizo poner en un marco que colgó a la cabecera de su cama. Después, su amada no le mandó nada más.

Intentó durante algún tiempo entrenarse seriamente, para convertirse en un verdadero “internacional”. Pero tenía treinta y seis años y una fuerte acidez de estómago, debida al exceso de especias de la cocina magyar.

Su «manager», que no le dejó hacerse ilusiones, ya estaba surcando las tierras balcánicas con su nueva revelación: un leñador de Ucrania, al que presentaba con el nombre de “el Oso Siberiano”, pomposo título que hubo de modificarse al pisar suelo húngaro — siguiendo el consejo del Prefecto de Policía — por el de “*el Oso Blanco Siberiano*”, evitando así la posibilidad de prestarse a comentarios políticos.

En cuanto a *la Pantera*, quedó varada en las avenidas de Budapest.

Sus amigos se las ingeniaban para evitarlo, evitando también tener que devolverle préstamos más o menos cuantiosos, facilitados por *la Pantera* en su época de auge.

Sin embargo, uno de aquellos amigos le dio un consejo:

—Tú vienes a ser como un ángel negro de mucha paciencia y excelente corazón. ¿Por qué no te vas a la estación a consolar a los viajeros que pierden el tren?

Tomólo en serio *la Pantera* y, dirigiéndose a la estación del Norte, pasó dos días vagando por ella, hasta que los mozos de cuerda le hicieron dejar libre su campo de acción.

Entonces, y siguiendo el nuevo consejo de su amigo, acudió al Museo Antropológico, esta vez para vender su esqueleto.

Al principio, el secretario tuvo un gesto de asombro, mas luego, creyendo haber comprendido la intención del visitante, le informó del punto de vista de la dirección del Museo:

—Sí, en casos excepcionales compramos esqueletos interesantes. Pero..., ¿cómo se lo explicaría yo? Sólo cuando se trata de su entrega inmediata...

*La Pantera* meditó un par de segundos acerca de lo que acababa de oír. Luego saludó cortésmente disponiéndose a marchar.

El secretario no sabía en realidad a qué atenerse. ¿Es que habían embaucado al negro? ¿Era éste quien pretendía engañarle? ¿O se trataba sólo de un perturbado? En todo caso y por su afición a pisar siempre tierra firme, le indicó, al mismo tiempo que se retiraba:

—Considero que es mucho mejor que se entienda con un coleccionista particular.

El negro siguió apurando el amargo cáliz callejero a la búsqueda de coleccionistas particulares.

Y el tercer día logró su objetivo en la persona del margrave Ubul.

Este señor no era un coleccionista propiamente dicho, aunque sí era cierto que tenía instalado en el salón de su casa el esqueleto de su caballo de carreras predilecto. Y este hecho, que era conocido por el “mundillo nocturno”, acabó por inducir a *la Pantera* a visitar al margrave.

A la sazón, ya hacía bastante tiempo que este caballero vivía en los baños turcos. Como en muchísimas otras cosas, también en ésta constituía una excepción, pues no era su pobreza sino todo lo contrario lo que le hizo adoptar semejante morada.

Había comenzado por nacer ahito de todo, con un rancio abolengo asegurado de antemano por el matrimonio que su padre contrajera con una prima lejana, dejando así en ridículo todos los rumores alusivos al hecho de no ser pariente cercano de su digno progenitor.

Pasó buena parte de su mocedad a la búsqueda de novedades, de las cuales poderse aburrir después, y a la sazón se hallaba justamente en ese atractivo estado de ánimo que significaba empezar a cansarse del propio aburrimiento.

Antes de acudir a los baños de vapor, suscitaban con frecuencia la atención pública sus alardes deportivos, consistentes en pasar en coche por las aceras, entrar montado a caballo en los restaurantes, por simple distracción y otras muchas bromas tan intrépidas como espirituales, que aseguraban las sonrisas que acompañaban los reprobativos movimientos de cabeza de los perjudicados, ya que siempre satisfacía, pródigo, el importe de los escaparates, miembros y espejos venecianos rotos.

Mas, por otra parte, se comportaba de modo inalicable con las autoridades, ya que tuteaba lo mismo a los guardias carentes de graduación como a los inspectores de policía, lo que, al fin y al cabo, no era precisamente un crimen, aunque sí influía de manera desfavorable en el criterio de tales funcionarios, sobre todo cuando se les brindaba ocasión de exponerlo a sus superiores. En consecuencia y a raíz de un ingenuo sí que también estrepitoso escándalo promovido por el inquieto margrave, las altas jerarquías del orden público llegaron a tomar la decisión definitiva de retirarle todos los permisos de conducir, prohibiéndole además su permanencia y alojamiento en el casco de la capital. Naturalmente, el noble caballero — que no estaba dispuesto a renegar de su nombre, aunque sólo fuera por una noche — quedó como varado en los baños de vapor, ya que aquel lugar era el único donde podía dormir sin la obligación de llenar ningún repugnante formulario.

Y allí fue donde le halló el negro, que le expuso su sencilla oferta, con todo el respeto que correspondía a un auténtico aristócrata magyar, siendo bien atendido y recibiendo amable y casi inmediata respuesta.

—Si usted no hablase el húngaro, le aceptaría en el acto como ayuda de cámara, secretario o cualquier cosa por el estilo. Pero ésta posibilidad queda descartada *ab ovo*. Trataremos entonces de sus huesos.

El trato fue cerrado a toda velocidad: el noble caballero adquiriría el esqueleto a plazos, comprometiéndose a abonar a *la Pantera* dos *pengös* diarios como amortización. El ex propietario de la osamenta quedaba obligado por su parte a presentar su esqueleto cada día al nuevo propietario entre las cinco y las siete de la mañana, en los baños de vapor. Con objeto de facilitar esta parte del convenio, el margrave se comprometía a poner cada primero de mes a disposición del esqueleto en venta un taco de treinta entradas para los baños, en tanto otro artículo del contrato protegía los intereses del comprador en el caso de que la otra parte abandonase el país, quedando también definido en la última cláusula el testamento del negro, para evitar los perjuicios que una muerte repentina pudieran causar.

LA RAPSODIA DEL  
CANGREJO

## CAPITULO I

**A**lrededor de las seis de la tarde llegué a París, descendiendo en la Gare de l'Est. El viaje de treinta y seis horas, sentado en un banquillo de tercera clase, me dejó derrengado. Mientras me dirigía a la salida, arrastrando mis ligeras maletas, las piernas me flaquearon varias veces. En mis poros habíanse mezclado moléculas del hollín producido por carbones húngaros, alemanes y franceses; tuve la impresión de que mi estómago era un acumulador lleno de ácido sulfúrico, y que mis dientes se habían oxidado.

Según las más autorizadas reglas de la buena educación, saludé a la primera locomotora francesa, expuesta en aquella estación. Por motivos que no he logrado discernir, el viejo artefacto, según mi modo de ver las cosas, hacía en París las veces de la estatua de la Libertad en Nueva York.

—Ya he llegado, Alexei — dije a mi vieja amiga la locomotora, notando que, con la sequedad producida por el largo viaje, se habían pegado mis labios, los cuales, al pronunciar la primera palabra, se despegaron con el chasquido que unos dedos cansados producen al abrir una carta.

Huelga decir que la locomotora no se llamaba Alexei y que tampoco tenía nombre alguno. En sus costillas ostentaba solamente unos números misteriosos, así como una placa de cobre en la que quedaba indicado que tratábase de la antepasada de los ferrocarriles gabachos y que, directamente de la Exposición Universal, y a mayor gloria de la industria siderúrgica francesa, había pasado a su actual emplazamiento.

En aquel preciso instante no atinaba a descubrir la más mínima relación entre aquel artefacto y el nombre que, *motu proprio*, acababa de darle, ya que me recordaba mejor a una vieja y jubilada amazona que a cualquier gran duque caucasiiano.

Naturalmente, sin la menor amabilidad, la locomotora no correspondió a mi saludo. Cambié de mano las maletas y, después de un nuevo tropezón juvenil, me dirigí hacia la salida.

Era el día primero de septiembre del año del Señor, 1938. Resplandecía tibiamente el sol, las gentes hablaban brillantemente el francés, y yo me resistía con firme decisión a la insistencia de los tatástas. En el tren, entre Nancy y París, había venido ya preparándome a tan tenaz resistencia. Según el trato que yo había hecho conmigo mismo, me alojaría allí, junto a la estación, en pleno barrio de transportistas y comerciantes. Sabía a ciencia cierta que si no me refugiaba inmediatamente en el «Hotel Liberty», que se hallaba a unos centenares de metros, no tendría más remedio que tomar un taxi, por lo menos hasta Montparnasse, ligereza imperdonable cuyas dramáticas consecuencias sería fácil prever y calcular.

Montparnasse hubiera significado asimismo el Barrio Latino, el máximo triángulo de los cafés «Dome», «Coupole» y «Rotonde», celeberrimos cuarteles generales de los artistas, donde, mediante el intercambio de la consumición de un solo café, tiene uno el derecho de conversar ininterrumpidamente, durante veintitrés horas seguidas, discutiendo sobre Matisse y Freud, incluso olvidando con suma facilidad el poco francés que a uno se le ha pegado en el Instituto, puesto que aquellos rarísimos ejemplares de indígenas, que sólo se verían allí por casualidad, acompañan, por lo general, a extranjeros y se expresan solamente en inglés. En esta ocasión era necesario evitar todos estos peligros.

Entretanto, llegué al hotel al que ya conocía desde hacía años. Todavía el propietario se acordaba de mí; sabía incluso mi apellido, lo que, hasta cierto punto, me conmovió. —¿De dónde viene usted, *Monsieur*?

—De Hungría.

—¿Qué tal el viaje?

Como única respuesta, le tendí las manos que habían adquirido un precioso color gris azulado, y procuré sonreírle.

—No importa — me contestó tratando de consolarme —. Tenemos cuarto de baño, Hace ya dos años que quedó en condiciones; ya lo verá. Mientras llena usted el tríptico, se habrá calentado el agua.

Mi cuarto era demasiado pequeño y la cama demasiado grande. El papel de las paredes, que ya habría cumplido el siglo, era una orgía de gruesas rayas moradas, sembrado de enormes rosas sensuales y extraños palomos que, nadie sabía por qué, tenían el plumaje verde. ¡Combinación de exquisito buen gusto!

Inmediatamente, antes de que fuera demasiado tarde, ordené que retiraran con toda rapidez los obligados recipientes de porcelana y, sin quitarme siquiera el abrigo, me acosté en la cama, y lo mismo que un novio durante el viaje de bodas, impaciente pero discreto, intenté quitarme los zapatos sin soltar los cordones.

Mis manos temblaban a consecuencia del cansancio y, a causa de aquellos pocos kilos de peso que no estaban acostumbradas a llevar, me habían salido en las palmas unas ampollas muy dolorosas

Debajo de mi ventana, una serrería armaba un ruido de mil diablos. Hasta mí llegaba el chapoteo del agua caliente en el cuarto de baño vecino.

«¿Dónde — me pregunté — habrán metido las tartas de mermelada de fabricación casera que se conservaban antes en el cuarto de baño?»

## CAPITULO II

El baño caliente me restableció pronto, y una hora más tarde me encontraba ya merendando en la terraza del cercano café «Tout va bien», en la bucólica esquina de los bulevares Sebastopol y *Saint-Denis*. Había llevado conmigo papel y lápiz para confeccionar un programa, estableciendo hasta por escrito el trato que había cerrado conmigo mismo, ya que conozco hasta la saciedad mi buena fe en la palabra escrita, aun cuando se trate de la mía propia. Había decidido fijar este «contrato privado», clavándolo con chinchetas en la mesilla de noche para tenerlo a la vista todas las mañanas cuando despertase.

Al llegar a este punto había ya apurado mi taza de café y, ante todo, establecido el balance de mi fortuna.

Poseía una moderna máquina «Contax», aparato fotográfico que podría valerme unos cinco mil francos: y esto significaba la parte fundamental de mi capital. Tenía, además, una botella de generoso vino de Tokay, varios kilos de *salami* húngaro de la marca «Herz», dos pares de zapatos, media docena de camisas, un traje de deporte, color gris, y un viejo frac. Además, tenía también quinientos francos en billetes de Banco, exportados con la autorización especial del Centro de Contratación de Monedas, de Hungría.

Realmente, no era mucho. Cuanto poseía no podía ser considerado como un capital de cierta importancia ni aun en el caso en que mi viaje a París hubiese obedecido a la intención de cursar estudios o hacer turismo durante unas pocas semanas, lo mismo que había hecho en años anteriores. Pero resultaba verdaderamente difícil empezar una nueva vida con tan menguadas reservas.

Un altavoz colgado cerca de mi cabeza, en la terraza, balanceándose en el viento, me orientaba acerca de los resultados de las carreras de caballos de aquel día. Hacia la última parte de mis meditaciones comenzó a transmitir un programa musical, de modo que los firmes acordes de la canción popular titulada *Dubo-Dubon-Dubonet* llegaron muy a propósito para reanimar un poco mi vacilante confianza en mí mismo.

«Bien. Lo mismo da. Hay que intentarlo...»

Evoqué más tarde en mi memoria primero unos ejemplos clásicos del triunfo final de la voluntad, y luego otros, que también lo fueron y habían sido galardonados con el «Premio Goncourt». Y, mientras, la calzada del bulevar brillaba ante mis ojos con un matiz de cálido gris como un collar de perlas auténticas heredado por varias generaciones subsiguientes.

«Sí, en efecto. Voy a vivir y a trabajar sea como sea. ¿Cómo no encontrar algo que me convenga en una capital tan grande?»

En aquellos momentos me sentía ya mareado: era de esperar como consecuencia lógica de dos noches seguidas pasadas en vela. Respiré profundamente un rato y así conseguí un cierto aplomo. Minutos después, aun cuando mi cara había adquirido un color de ciénaga, estaba ya roncando en uno de los más amplios lechos del viejo, pero honrado, «Hotel Liberty», en la rué de Nancy.



## CAPITULO III

**D**ebí descansar solamente unas tres horas. Eran las once de la noche cuando me despertaron las sonoras protestas de mi estómago vacío.

Me hallaba tendido casi en diagonal en la cama; tenía los calcetines puestos y en mi corbata había preciosas arrugas.

Una por una me quité aquellas prendas, y gracias a una hábil maniobra, me coloqué de nuevo en el lecho adoptando la posición correcta y apretando una de las almohadas contra mi sonoro estómago. Así, con renovado esfuerzo, me puse otra vez en camino hacia las agradables regiones del sueño.

«No quiero comer nada hasta las ocho de la mañana», me dije fallando mi pleito contra mi estómago.

Y poco después, sumamente aliviado, pude notar que mi habitación empezaba a sumergirse en un recuerdo de mañana.

Casi había logrado dormirme, lo que, de haber sido así, hubiera significado a la mañana siguiente mi recaída en una nueva vida hondamente burguesa, cuando aconteció algo inesperado.

¡Acudió a mi memoria el recuerdo del *salami*. Aquel *salami* que, en hermosas barritas envueltas en papel de estaño, se hallaba descansando en el fondo del armario de mi cuarto, constituyendo la parte principal de mis reservas, lo mismo que los lingotes de oro en los sótanos del Banco de Francia.

De nuevo surgió el cuarto en torno mío; la almohada volvió a ocupar un lugar debajo de mi cabeza y el hambre celebró su solemne reingreso en mi estómago.

¡El *salami* estaba en peligro! De esto no cabía la menor duda. Agravaba aún la situación la circunstancia de que la barra más pequeña pesase cuando menos un kilo; una vez empezada ya no podía vendérmelo. En cambio, del precio que pensaba obtener por kilo podría vivir, aunque modestamente, una semana.

«¿Qué debo hacer, entonces?»

Me acosté de bruces sobre el lecho, abandonando los desventurados últimos restos de mi sueño, impotente ante las victoriosas huestes de mi estómago, tan liviano como impertinente, que estaba preparando ya un nuevo ataque a base de una gran Variedad de acideces con vistas a la digestión de los pedacitos de carne con especias, ahumados y salados convenientemente, que constituyen el *salami* húngaro.

«Tampoco tendría pan para acompañarlo», decía la cristalina voz de mi sentido de responsabilidad comentando los acontecimientos, mientras en los ruidos que llegaban hasta mí procedentes del cuarto de al lado, me daba cuenta de que mi vecino estaba limpiándose los zapatos y, al mismo tiempo, haciendo gárgaras.

«Incluso me estropearía el estómago. ¡Estoy seguro!»

Este último argumento demostró ser más contundente, pues conseguí recuperar mi posición inicial; cerré los ojos y me imaginé atado a una mesa de operaciones. Vi inclinado sobre mí el rostro enmascarado de blanco de un cirujano que sostenía en la mano un bisturí y me miraba con una expresión de discreto menosprecio en sus ojos fríos, pero bondadosos.

—*Salami*, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—¿Sin pan? — me sentí avergonzado —. ¡Es increíble! — exclamó el cirujano con seco tono de voz, aunque sus ojos me daban ánimos —. Lo intentaremos — murmuró tras su blanca máscara de gasa, y luego, dirigiéndose a sus ayudantes, dijo —: El cloroformo, enfermera.



Con formidable estrépito fue lanzado en un rincón de la habitación vecina un par de zapatos recién limpios, y las alegres gárgaras fueron seguidas por animadas y brillantes canciones militares, cuya letra reducíase a unos sonoros ram-pam-pam.

Se me ocurrió entonces pensar en el Tokay.

«Con vino no podría hacer daño el *salami*.»

¡Sólo me había faltado esto!

Salté de la cama y comencé a vestirme de nuevo con febril premura. Al hacerme el nudo de la corbata, ya estaba tomada mi decisión.

Me metería en el primer bistró que encontrara y comería algo. Si al día siguiente por la mañana no había conseguido vender el salami y el vino, lo depositaría todo, costara lo que costara, en la cámara acorazada de un Banco.

## CAPITULO IV

Soplaba una agradable brisa de otoño. Me abroché el abrigo y por el bulevar de Sebastopol me dirigí hacia el Sena.

De este modo había logrado vencer la tentación, lo cual no era un resultado despreciable.

Entretanto, llegué al mercado de Les Halles, donde, como recordaba perfectamente, se hallan en venta los emparedados más sabrosos y al mismo tiempo más baratos del mundo. Salchichas calientes y patatas fritas entre dos pedazos de pan, al precio irrisorio de solamente dos francos cincuenta.

A la hora del alba, la primitiva misión de aquellos emparedados era la de reponer las fuerzas de los mozos de los camiones y de los vendedores del mercado. Luego, andando el tiempo, los extranjeros que pueblan el Boul' Mich y Montparnasse, viendo en estos emparedados la mejor posibilidad de una cena económica, se habían acostumbrado tanto a ellos que pude contar hasta una docena de puestos de venta en el corto espacio que separa Les Halles de la esquina del cercano bulevar.

Con el mayor cuidado deslicé en mi bolsillo el paquetito que volvíase grasiento a ojos vista, y continué el camino hacia el río.

El bulevar estaba ya completamente desierto. En este silencio, el ruido de la puerta mecánica de un *bistró*, que bajaban en aquel momento, semejó el tableteo de una ametralladora. Un cansado autobús pasó ante mí en dirección a la Gare du Nord.

Saqué del bolsillo el emparedado de forma alargada y empecé a masticarlo, a medida que caminaba. Caía la lluvia silenciosamente y al cabo de los primeros bocados comenzó a extenderse por mi estómago y mi corazón un agradable bienestar.

¡Por fin había llegado a casa! Si se me antoja, puedo comer en medio de la calle sin que nadie me dirija una mirada despectiva. Tampoco me molesta el viento, aun cuando podría soplar si ese fuera su gusto. Nadie me pide la documentación en la calle, pues hasta los agentes de policía están durmiendo ya el sueño de los justos. Están descansando como Dios manda, para volver a empezar, mañana por la mañana, a reglamentar el tráfico en las innumerables esquinas.

Esto es París.

Es la capital del mundo y de la libertad; es mi ciudad, la ciudad de las ciudades. Es todo un continente sobre el cual hasta se detiene la historia, donde las farmacias parecen joyerías del siglo pasado, los transeúntes se ven protegidos por enormes clavos de acero en los cruces de las calles; no es obligatorio el uso del bombín, y, literalmente, podía palpase la libertad individual, como si fuera un objeto que pudiera agarrarse al vuelo.

Es, efectivamente, algo que es posible alcanzar. No es nada simbólico, sino una realidad tangible.

«En cuanto llegue al hotel anotaré mis ideas sobre París.»

De todos modos, era ya un síntoma agradable que en la misma noche de mi llegada había podido demostrar no sólo el magnífico estado de mi continencia, sino tener ideas.

—«Sí — decidí —; voy a anotar estos pensamientos en mi libreta de apuntes, junto a las "asociaciones gráficas".»

La lluvia se hacía más intensa y el emparedado fue reduciéndose de tamaño, y a medida que yo procuraba evocar en mi memoria los acordes de la obertura de *El caballero de la Rosa*, me detuve en la parada de autobuses nocturnos de la plaza del Chatelet.

A pesar de todo, no estaba dispuesto a estropear mi gabán y mi salud por ahorrarme un franco veinticinco.

# DOÑA JUANA

## PRIMERA PARTE

**H**abía anochecido ya y la luz del faro dejaba en las primeras y definitivas sombras un parpadeo brillante y monótono cuya blancura deslumbradora acentuábase a medida que se hacía más densa la oscuridad. Cerca del faro erguía la casa de Juanita y los destellos luminosos la vestían alternativamente de luces y de sombras. Era como si una mano negra, inmensa e infinita casi, o una mano blanca, tan inmensa y tan infinita como la otra, dejara sobre ella una caricia rápida constantemente repetida y fugaz. Pero la casa de Juanita estaba de fiesta y su interior, casi cegadoramente iluminado, no advertía siquiera ese parpadeo luminoso que sólo en la fachada y en el jardín acudía a posar su efímera y continuada blancura.

Quizá a la fachada del faro y a las rocas que constituían su único jardín llegasen, en compensación, los apagados rumores de la música también monótona y apenas brillante de una orquesta que en la casa de Juanita generalizaba un pretexto para bailar. Y este puente de encontrados ritmos, tendido sobre la noche entre el faro y la casa de Juanita, imprimía al corto paisaje que iba de uno a otra una humana pero vacía presencia. En esa especie de ir y volver de sonidos y de luces la noche iba acumulando sus silencios y sus sombras, más acuchillados cada vez por la orquesta y el faro. Los árboles del jardín, sorprendidos en su sueño de un instante a otro, vivían su primavera falsamente nocturna en la que el vuelo diurno de los pájaros había sido sustituido por otro vuelo de luces blancas y ásperos sonidos. Así, las rocas del faro vivían por una noche un lejano y apagado canto de sirenas que nada tenían de marinas.

Únicamente en la planta baja de la casa de Juanita había una habitación que permanecía a oscuras. Era la biblioteca.

A través de los cristales y las ventanas penetraban en ella los destellos del faro y la iluminaban casi constantemente. Durante todo el día, quizás a causa de la fiesta, había permanecido inmersa en el olvido. Nadie había cruzado su umbral ni sentándose en sus butacas para leer un momento. Y acaso por esto, porque en aquellos instantes podía ser considerada como un refugio seguro en la casa, fue elegida por Juanita.

Cuando Juanita atravesó el umbral, empujando silenciosamente la puerta, era ya muy tarde. Vestía aún el traje en el que tanto cuidado e interés había puesto para la fiesta. Estaba cansada y aburrida. La orquesta continuaba tocando todavía, pero Juanita no podía soportarla más. Durante un momento, a oscuras, se quedó indecisa ante la puerta que había vuelto a cerrar sin hacer ruido; luego, instintivamente, levantó la mano para alcanzar el interruptor y dio la luz. La gran araña de cristales blancos y morados se encendió súbitamente, pero aquella luz cruda y repentina le hirió tanto los ojos que, sin haber soltado aún el interruptor, volvió a apagarla. Luego, a oscuras otra vez, se dirigió a una de las estanterías e intentó elegir un libro a la luz de los destellos del faro. Pegando casi la cara al lomo de los libros para poder leer sus títulos estuvo durante unos momentos con la mano levantada, preparada para tomar el elegido. Pero no le fue posible distinguir en el borroso dorado de sus letras la obra que deseaba.

Se acercó entonces a la mesita, encendió la lámpara portátil y volvió a la estantería. Ya ante ella, levantó la lámpara para iluminar lo mejor posible los libros y eligió uno. Con él en la mano se dirigió de nuevo a la mesita, dejó en ella la lámpara y se sentó. Con un suspiro de satisfacción, abandonando el libro en su regazo, estiró las piernas. Un instante después consideró que quizás el placer de su descanso no era suficientemente completo porque los zapatos le apretaban, y, casi sin moverse, con toda delicadeza, se descalzó a medias soltándolos con la punta de los pies. Nuevamente satisfecha se reclinó en la butaca y apoyó en ella la cabeza, pero el moño la molestó. Con ademanes casi violentos restregó la nuca contra el respaldo y lo deshizo; cayó el pelo sobre sus hombros y se sintió aliviada. Volvió a suspirar,

sacó de su bolsillo de noche unas gafas de concha oscura y se las puso; abrió el libro y comenzó a leer.

No permaneció mucho rato leyendo porque un rumor que iba aumentando le hizo levantar la cabeza y prestar atención.

Alguien bajaba la escalera que daba al salón contiguo. Juanito y la Chica, cogidos de la mano, huyendo de los demás, intentaban también hallar un refugio al abrigo de la gente, donde, sin testigos, pudiesen resolver una situación cuya importancia se reflejaba vivamente en sus rostros. Vestían ambos de etiqueta; ella con un traje blanco que aniñaba aún más su figura, pero llevaba echado sobre los hombros un gabán y en la mano un bolso gris de piel de cocodrilo. Habían bajado en silencio los peldaños y, al llegar al pie de la escalera, se soltaron las manos.

—Entonces... — preguntó la Chica, volviéndose a él y dando a su pregunta un tono de inquietud y resolución —. Entonces...

—Entonces, ¿qué? — inquirió él, aparentando estar distraído.

—¿Estás decidido?

La pregunta había sido demasiado concreta para no exigir de él una respuesta clara y definitiva.

—No, no puedo — contestó Juanito con obstinación y temor a la vez.

—¿No vienes?

Pareció como si ella hubiese estado a punto de echarse a llorar al hacer esta pregunta. Juanito lo advirtió y contestó dulcificando el tono de su voz:

—Pero, muchacha... ¿No comprendes que estas cosas no se liquidan así como así?

Ahora fue despecho lo que sintió la Chica. Herida por las palabras de Juanito, exclamó con cierto desdén:

—¡Oh, por mí...! Yo no pretendo forzarte ni obligarte a nada... Si tanto te pesa... Al fin y al cabo, yo no he empezado.

—¡Cómo! ¿No empezaste tú?

Juanito había hablado violentamente, elevando el tono de voz, y Juanita, desde la biblioteca, oyó claramente su pregunta formulada casi como una exclamación. Se estremeció al oírle y, descalza, procurando no hacer ruido, se dirigió a la puerta que comunicaba el salón con la biblioteca y se puso a escuchar.

—¡No tengas tanto descaro! — exclamó la Chica —, ¿me oyes? ¡Ah! Corroboras exactamente la opinión que nosotros tenemos de los españoles. Habláis, habláis... fuego por todas partes. Parecéis locos y, luego nada... — hizo un esfuerzo para contenerse y añadió —: Esta misma tarde, en el tenis, me has asegurado que te irías conmigo, que me seguirías hasta Dios sabe dónde, y yo, ¡pobre idiota...! Si hablabas en serio ya debes tener tu pasaporte en el bolsillo.

—¡No te pongas así, mujer! ¡No te he mentido! He decidido acompañarte, huir contigo hacia... — vaciló un momento y súbitamente, con una voz cálida, profunda y ardiente que no había tenido hasta este instante, añadió —: hacia el amor. Aquí llevo el pasaporte — continuó resuelto y categórico, dándose una palmada en el bolsillo posterior del pantalón —, y hasta el visado, que no es poco decir. Pero... lo he pensado mejor; esta noche no puede ser. No puedo fugarme contigo. No puedo.

—¿Acaso ya no me quieres?

—¿Quererte? ¿Yo? — titubeó un instante y agregó decidido —: Jamás te quise.

La Chica, enormemente sorprendida por lo inesperado de esta contestación, exclamó:

—¿Cómo?

—Estoy enamorado, enamoradísimo de ti — contestó Juanito —, pero no es lo mismo.

—¿A qué viene ahora esto? — inquirió la Chica con sorna y continuó inmediatamente dando a sus palabras un tono cínico —: Y de ella, de tu dichosa Juanita, ¿también estás enamorado?

—No. A ella la quiero. Este es el problema.

—¡Pues no matizas que digamos! No te conocía estas sutilezas.

Juanito no contestó. Parecía seguir el curso de sus pensamientos, y como si hablara para alguien que pudiera comprenderle dijo:

—Somos novios desde niños. Apenas empezamos a andar y ya... — de pronto pareció darse cuenta de que estaba hablando con la Chica y continuó dirigiéndose a ella y con un arrebatado — : ¿Cómo vas a comprender estas cosas? Lo cierto es que no puedo presentarme ante ella, tan fresco, con mi maleta en la mano y una sonrisa en los labios para decirle: «Oye, Juanita, me fugo... Sí, me fugo con una chica que he conocido hace cinco..., seis días. Dame tu bendición», y otras cosas por el estilo.

—Te estás ahogando en un montón de sentimientos anticuados — replicó la Chica con desdén —. No estamos en un museo, ¿verdad? Además, tus argumentos están llenos de contradicciones. De todos modos — añadió con ironía —, no te preocupes; ni te obligaré a que abandones «la mansión de tus antepasados», ni te lo propondré nunca. Es más, si quisiera decir cosas trascendentales, te diría: «¡Ha llegado el momento de elegir entre el amor y el querer, si es que tanto los diferencias!» Lo malo del caso es que ya le he hablado a mi padre y el pobre te ha preparado un camarote. Nuestro yate ha de llegar mañana a Gibraltar; así, pues, tendrás que estar a bordo dentro de media hora, lo más tarde. Y ahora me voy; no quisiera que se inquietasen por mí. Te mandaré el coche a recogerte — y le tendió la mano —. Bueno; hasta la vista o hasta nunca, como quieras.

—Por favor, nena — exclamó Juanito conteniéndose —. Si sigues así, por muy enamorado que esté de ti... — pero comprendió que había ido demasiado lejos y añadió suavemente —: Sólo te pido que me des tiempo, muy poco, cuarenta y ocho horas escasas. Vete tranquila; yo lo arreglaré todo correctamente y nos reuniremos en Gibraltar. Al fin y al cabo, no puedo comportarme como un cerdo.

—No, no es esto, querido — replicó la Chica —. Nadie pretende que te comportes como un cerdo, sino como un hombre.

— ¡Oye! — exclamó Juanito, furioso.

La Chica lo miró; se dio cuenta de que le había replicado con demasiada dureza y, tratando de borrar el efecto que le habían producido sus palabras, se arrojó con coquetería a él y dijo, intentando halagarlo:

—Vamos, no seas así. No he querido ofenderte, sino demostrarte que siempre que se ha hecho algo grande en el mundo ha sido por amor y no por cariño. Además, lo sabes tan bien como yo.

—Bueno — contestó Juanito, todavía molesto —. Todo esto está muy bien, pero es preciso que te hagas cargo de que hemos pasado la infancia juntos, de que hemos sido el uno para el otro algo tan especial, tal especial... Fuimos novios, siempre hemos sido novios, siempre, ¿comprendes? Y así, juntos, hemos crecido... Al fin y al cabo, ella no ha dejado nunca de ser lo firme, lo decente, algo limpio en mi vida. Donde yo estuviera, hiciera lo que hiciese, cuando hacia el servicio militar; cuando volaba, cuando participaba en algún campeonato de tenis o cuando me iba de juerga, siempre había en mí algo sencillo, una estampa limpia y sin sombras: ella, Juanita, leyendo algún libro, con sus enormes gafas. Y aunque no pensase en ella, estaba siempre en mí, la tenía conmigo, como si formara parte de mi persona.

Juanita había oído toda esta conversación sin perderse una sílaba, pero cuando Juanito hubo pronunciado estas palabras inclinó la cabeza. Toda su emoción, todo cuanto sentía en aquellos momentos reflejábanse en este leve movimiento que no podía definirse y que ella tampoco intentaba explicarse. Podía ser debido a la humillación que experimentaba en aquellos instantes al oír las palabras de él que de tal manera 'evidenciaban sus sentimientos; pero podía ser también un ademán de resignación e incluso un inexpresable movimiento de ternura porque había creído advertir una cierta dulzura en las últimas palabras que Juanito había pronunciado, las que aludían precisamente a las gafas.

—Y ella, ¿te quiere? — preguntó la Chica.

Juanita volvió a levantar la cabeza para prestar atención.

—¡Vaya una ocurrencia! ¡Naturalmente! — contestó Juanito.

—¿Está enamorada?

—¡Naturalmente!

—¿Cómo naturalmente? — inquirió, extrañada la Chica —. Hace un instante habías establecido una gran diferencia entre querer y estar enamorado. Cuando se trata de ti...

—¡No te armes un lío, mujer! — interrumpió Juanito —. Me refería a los hombres. Tratándose de mujeres es muy distinto. Con ellas resulta difícil establecer diferencias.

Destacándose limpia y claramente sobre la música apagada de la orquesta llegó hasta ellos el sonido ronco de la bocina de un yate.

—Papá se está poniendo nervioso — dijo la Chica —. Tengo que irme. Sentiría mucho perderte por terco.

—Pasado mañana en Gibraltar — contestó Juanito, tratando de cortar así toda nueva discusión.

—Saldremos de allí hacia el mediodía. Pasado mañana estaremos ya cerca de las Azores, porque papá tiene que estar en Nueva York el lunes. Por lo tanto... Bueno, tú verás lo que haces — y, al ver que Juanito, no pudiendo dominar su impaciencia, intentaba disimularla pasándose la mano por el pelo y suspirando violentamente, añadió —: ¡Eso es! ¡Vaya un conflicto! ¡Y conste que eres tú quien lo crea!

—¡No seas injusta!

—Si ella te quiere tanto como tú afirmas y le hablas con absoluta confianza, no sólo te comprenderá, sino que incluso será ella quien hará que te vayas conmigo.

Por un momento Juanito creyó posible lo que la Chica le sugería. Sí, acaso Juanita comprendería su situación y sus sentimientos y no sólo justificaría su actitud sino que la aceptaría.

—¿Estás segura? — preguntó —. Quizá...

—¿Quieres que se lo diga yo? — inquirió ella dulcemente —. ¿Dónde está?

—No lo sé. A lo mejor, en su cuarto — la Chica se volvió dispuesta a subir las escaleras, pero Juanito la detuvo con un ademán —: No te preocupes, ya se lo diré yo.

De nuevo volvió a dejarse oír la bocina del yate, que sonó esta vez con mayor impaciencia. La Chica, al oírla, intentó decir algo, pero Juanito la cogió del brazo y le dijo:

—Vete. Márchate tranquila y mándame el coche en cuanto llegues. Dentro de media hora estaré a bordo con mis maletas y la absolución.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¡Así te quiero! — exclamó ella, contenta; se abrazaron los dos y, luego, liberada ella del abrazo, añadió —: ¡Me voy corriendo! ¡Adiós, Juanito! — Desde la puerta lo miró sonriendo, se embozó teatralmente en su gabán y dijo, levantando una mano —: ¡Rectifico! ¡Adiós, don Juan!

Desde los primeros peldaños de la escalera, Juanito, también sonriente y presuroso, contestó:

— ¡Hasta ahora!

Juanita, desde la biblioteca, los oyó partir. Se volvió y se quitó las gafas. En su rostro miope se reflejaba la tremenda amargura que acababa de experimentar. Con ojos extraviados miró en el vacío y murmuró con voz desesperada:

—Don Juan..., don Juan...

Y entonces una voz clara, respondió desde el otro extremo de la biblioteca:

—¿Decía usted...?

Juanita se creía sola. Estaba segura de que nadie había entrado en aquella habitación ni podía haber entrado sin que hubiese sido visto por ella. Sobresaltada, miró en torno suyo, pero todo estaba en tinieblas. Levantó la lámpara e, inclinándola, dirigió su luz hacia el lugar de donde había llegado la voz. Vio entonces a don Juan que con una mano protegía sus ojos de la luz y, con la otra, componía apresuradamente su indumentaria. Juanita lo vio vestido de frac y acercarse a ella repitiendo:

—¿Decía usted...?

—¿Quién es usted?

—Don Juan.

—¿Qué don Juan?

—Pues don Juan — repuso.

—No le conozco.

Andres Laszlo Sr.

—Lo mismo me dijo el mayordomo cuando me vio entrar.

—Y, ¿qué hace aquí?

—Dormir.

—¿Aquí?

—Soy una de las pocas personas lo suficientemente sinceras para dormir en una biblioteca a oscuras. Además, hace ya un par de siglos que frecuento estos parajes, a pesar de que no valgan la pena.



**SOLO EL PAISAJE CAMBIA**

## AVILA

**H**ermoso y triste cementerio de grandes siglos y enormes piedras.

Desde por la mañana caminaba por la ciudad y admiraba sus antiguas murallas que recogen en una unidad aquella maravilla. Fuera del tiempo y del espacio, épocas pretéritas que daban fe del buen gusto de las proporciones, la casualidad y el hastío infinito.

Acompañábele un antiguo sacristán que le había sido recomendado por el estanquero, quien le dijo que, aunque analfabeto, conocía al dedillo la ciudad, las imágenes, los edificios públicos y privados y los anticuarios que, desde hacía mucho tiempo, no sólo animaban, sino aseguraban su existencia.

—Además, le conviene ganarse unas pesetillas. Cuando su mujer se ahogó en un pozo, perdió el empleo, a causa de los delicados comentarios con que saludaron su desgracia, y desde entonces vive de chapuzas. Lléveselo a almorzar y verá cómo les atienden. Todo el mundo le quiere, aunque le tengan miedo. Sin embargo, no hubo prueba alguna contra él y ni siquiera fue procesado. Llámeme don Eusebio, pues, aunque sabe que no le corresponde este tratamiento, le hemos acostumbrado a él.

Así, pues, caminaron y vagaron infatigablemente. La ciudad parecía extenderse más y más ante sus ojos, brindándoles siempre renovadas maravillas e imponiéndoles la sensación de que ser europeo, pertenecer a ese' diminuto grupo de tribus que se odian y exterminan en varias docenas de idiomas, servía, por lo menos, para algo, y si en Dachau se estudiaba la mejor manera de quemar vivos a los judíos y polacos, las campanas de la catedral de Ávila, al reflejarse en las murallas recién restauradas, afirmaban nuestra subordinación a un destino y una espiritualidad común.

Embelesado, contemplaba la capilla de Santa Teresa, preguntándose de dónde provenía aquella belleza, aquella fuerza tras la materia. ¿Acaso bastaba la inspiración para que la sencillez fuese como un arte de máximo refinamiento?

Parecía que su acompañante le comprendía, pues sin decir nada ni manifestar la menor impaciencia, guardaba el silencio insistido por la labor de alguna carcoma.

Un reloj dio las cinco. El tren que debía tomar el visitante salía a las ocho para Salamanca, pero éste tenía la impresión de que aún no había visto nada, absolutamente nada. Le costó salir a la calle. El tardío viento otoñal le dirigió la palabra, preguntándole algo, sin que se le notase la menor curiosidad y, luego, irritado por no haber encontrado ni una mota de polvo en aquella ciudad levantada sobre la roca, desapareció camino de El Escorial.

—Podríamos hacerle una visita a doña Eulalia —aconsejó entonces su acompañante—. Vive cerca de aquí, en la primera calle. La última vez que la vi tenía en su casa un par de tallas interesantes. Pide una fortuna por ellas, pero no se desanime si le agrada la mercancía. Le pedirá un precio disparatado, pues como no entiende gran cosa, se imagina que, si pide mucho, nadie se atreverá a ofrecerle tan poco que no pueda vender. Tiene una «chuleta» que a usted le gustará mucho, seguramente. Aunque algo tardía, debe de ser de finales del dieciséis, o principios del diecisiete; tiene todavía toda la gracia de las postrimerías del gótico —añadió, mientras trepaban por una empinada calleja.

—¿Es cierto que usted no sabe leer?

—¡Y tanto! —contestó, sonriendo, el guía.

—¿Cómo es posible?

—De niño tuve otras cosas que hacer —añadió, deteniéndose en una esquina y señalando hacia un punto del valle, donde la carretera daba una vuelta—. A los doce años trabajé allí, en aquel aserradero.

Bueno, ya hemos llegado —concluyó, llamando a una puerta, con su picaporte de color verde oscuro.

Doña Eulalia era una mujer gorda, de cierta edad. Les recibió sonriente y les hizo pasar al salón. A don Eusebio también le correspondió un jirón de sonrisa, aunque muy leve, y al cual iba prendido un cierto sentimiento de recelo, pero le molestó algo que no le brindara a él, como al otro, un asiento. Por lo tanto, el guía se quedó cerca de la puerta, agarrando con ambas manos su mugriente sombrero y esperando los acontecimientos.

Como no había luz eléctrica en la casa, la dueña avivó en su honor la luz de la gran lámpara de petróleo; luego se recogió unos mechones canosos que asomaban bajo su pañuelo negro, se sentó junto a una mesita de labor e iniciase la conversación.

Zumbando como un zángano, se puso a hablar de su marido, fallecido hacía ya tiempo, pero que seguiría viviendo mientras tuviese aliento su viuda, ya que no tenían hijos. Así el extranjero supo que el difunto había sido un hombre célebre, conocido en todo el país como el primer anticuario. Montado en su caballo, iba por ciudades y pueblos y cambiaba las antigüedades por artículos de bazar, o las compraba, si se daba el caso.

Un enorme gato negro se desesperó bajo la jaula del canario, alzó los hombros y se fue a la habitación contigua. El monólogo seguía su curso, aunque doña Eulalia hubiese preferido escucharle a él, ya que era extranjero, vivía en una ciudad y sabía seguramente más que ella de las cosas de este mundo, Pero preguntarle cualquier cosa, aunque sólo fuera de dónde venía, era imposible, pues se lo impedía la buena educación. Por otra parte, ya se lo diría él mismo, si eran buenas sus intenciones.

Entretanto, él examinaba la oscura habitación: era el clásico hogar de un anticuario de provincia. La sala estaba abarrotada de tejidos malos o mediocres, de tallas y metales que cubrían las paredes y los muebles, de un abigarrado anacronismo.

«¡Cuánto mal gusto hubo también en los tiempos pasados! Y entonces aún era artista el artesano, no un técnico», pensó.

También dio con la «chuleta»: estaba muy cerca de él, colocada sobre un trapo barroco hecho jirones, La cogió de la pequeña estantería, sabiendo que con ello no interrumpía a la conferenciante. Era una Virgen María rubia, chata, bonita, con un Niño Jesús en un brazo. Tanto su origen como su estado confirmaban las palabras del guía, a quien dirigió una mirada de aprobación, y éste, comprendiendo su pensamiento, acusó recibo con una sonrisa casi imperceptible.

Doña Eulalia estaba ya maldiciendo de la guerra y alegrándose de no tener ningún hijo a quien le pudiesen matar o mutilar. El gato había ya vuelto y miraba rabiosamente al pájaro presidiario que, espantado, se puso a piar. La mujer se levantó y cubrió la jaula con un mantón de Manila, brindando así al extranjero la oportunidad de levantarse también y echar una nueva ojeada hacia las habitaciones contiguas, cuyas puertas estaban abiertas, y, sobre todo, a su reloj. Tampoco vio nada particular en las habitaciones vecinas, Por lo tanto, podía prepararse para entablar la batalla por la figurilla. «Valdrá unas cinco mil en Madrid, y siete en Barcelona, donde conozco a un fabricante de velas, que las colecciona. Volvamos, pues, al asunto», se dijo.

—Diez mil —balbuceó tímidamente doña Eulalia, mirando a la vez al gato, al canario, al extranjero y su guía, la talla y el retrato de su difunto esposo, en su grueso marco negro colgado de la pared.

Estaba él a punto de decirle: «Es lo que vale en Bond Street, si llego hasta allí con ella», cuando, antes de que la primera palabra asomara a sus labios, algo llamó su atención desde las profundidades de la estancia. Era una Madona del gótico primitivo, una joven catalana en rojo y verde, del siglo XII, si no se equivocaba. Volvió la vista, temiendo que si la mujer llegaba a notar su sorpresa, no pudiese adquirirla él ni con la fortuna de los Rothschild.

—Es mucho —dijo gravemente, cogiendo otra vez la talla—. Me la quedaría con gusto si me la vendiera por un precio razonable.

Doña Eulalia volvió a tomar la palabra y empezó a contar que la vida estaba muy cara, que el dinero valía cada día menos, y que podía presentarle pruebas concretas de que la mercancía valía más de lo que ella pedía. Si no la creía, podía preguntárselo a un conocido anticuario que ya le había ofrecido cinco mil, cuando era notorio que todo lo compraba por la cuarta parte de su valor real.

«Por cinco mil podría nevármela con toda facilidad, por cuatro mil tendría que regatear durante una hora, y acaso discutir varios días seguidos para obtenerla por tres mil quinientas», se dijo el comprador.

Pero había que ganar tiempo. Tenía que volver, ver como por casualidad la otra figura y, antes de que se tratara de ella, descubrir hábil y subrepticamente si había sido restaurada. No podía hacer ninguna oferta, pues si se daba la casualidad de que ella la aceptara, no le quedaría ningún pretexto para volver, y si ofrecía demasiado poco, no le tomaría en serio luego.

—Ya volveré mañana —dijo después de una pausa—. He de verla a la luz del día.

Doña Eulalia aprobó con un ademán y el guía agachó la cabeza, algo triste porque sabía que su amigo tomaría el tren dentro de hora y media. Consideró las palabras del extranjero como mero pretexto, y vio esfumarse su comisión.

El comprador suspiró, contento: no se había notado su interés. ¿Acaso no sabía aquella señora que el sueño más hermoso, casi inalcanzable, de todo verdadero coleccionista era obtener alguna Madona primitiva sin restaurar?

Se despidió rápidamente, prometiendo su visita para el día siguiente hacia el mediodía.

—Ya le dije que pedía mucho —dijo el guía, en cuanto llegaron a la calle—. Si usted hubiese ofrecido la mitad, seguro que se la deja.

—Tengo que volver a verla. Acaso la señora sea más razonable de día.

—Así, pues, ¿no se marcha usted?

—Según parece, no me voy.

El ex sacristán se alegró visiblemente.

Se irían a cenar. El extranjero pediría vino y charlarían. Dos hombres solos podían discutir tranquilamente de la marcha del mundo, y al día siguiente acaso el enjuto montañés pudiese lograr alguna ganancia.

—¿Dónde piensa usted pernoctar?

—En cualquier hotel.

—Le invitaría a mi casa —dijo entonces el guía, con discreción señorial—, pero vivo sin mujer y mi casa parece una cochiguera. Vaya al «Europa»; las camas son buenas y no es muy caro. ¿Lleva equipaje?

—Lo dejé en la estación.

—¿Tiene el volante?

—Sí.

—Déjemelo, que iré por él, mientras usted se acomoda en la habitación.

—Ya irá el mozo.

—¡Qué va a ir! —exclamó él—. Además, le costaría un ojo de la cara,

Y, dejándolo en la Plaza Mayor, delante del hotel, desapareció presuroso camino de la estación.

Anochece ya. Eran las siete, o sea el momento culminante del paseo vespertino. El extranjero permaneció un rato mirando, casi ciego, a los viandantes que, reunidos en grupos del mismo sexo, caminaban por la conocida plaza y la entrada de las dos calles que partían de ella. Como en el presentimiento de la aventura, tenía la garganta reseca, y no podía dejar de pensar en la estatua. No dudaba de que la compraría. Si le resultaba cara, tendría que venderla; pero si podía conseguirla a buen precio, la conservaría y no tendría que separarse jamás de ella. ¡Aquello era aventura! O, por lo menos, promesa de aventura. Si no se equivocaba, le faltaba pintura en la punta de la nariz, en cuyo caso no había que pensar en que su rostro hubiese sido restaurado, pues, de lo contrario, también habrían corregido este defecto.

«Bueno, ya veremos», se dijo para su capote, intentando evadirse del mundo de las ilusiones. Y entró en el hotel,

Tras un pequeño mostrador estaba sentado un viejo conserje que tenía su gorra en el regazo e iba llenándola con las lentejas que escogía en un plato.

Después de saludarle, preguntó:

—¿Tienen habitaciones?

—Tantas como quiera. No tenemos otra cosa.

—¿Cuál es la mejor?

—Es cuestión de gustos —contestó el viejo, alzando los hombros—. Tome la once; es la más templada.

—Amén. Que sea, pues, la once —contestó el viajero, tendiendo la mano por la llave, y añadió—: Mándeme el equipaje en cuanto llegue.

—Es usted extranjero, ¿verdad?

—Sí.

—En este caso he de rogarle que llene la hoja de ingreso, antes de ocupar el cuarto.

\*

Al día siguiente volvieron a casa de la viuda y luego de un breve regateo, el forastero adquirió la talla, la antigua, que tanto le interesaba, y a la cual se refirió circunstancialmente, como por casualidad. La pagó y se la llevó en el acto.

Mientras, en una cristalería, se la embalaban en algodón en rama y paja fina, dispuso de dos horas que dedicó al examen de otras antigüedades, empujado a ello por su acompañante, ya entusiasmado.

No dio con nada interesante, y únicamente recorrió aquellas casas cubiertas de pátina. Su última visita le llevó a una casucha destartada donde fue recibido por una anciana que se esforzó de manera conmovedora en venderle algo, cualquiera de las fruslerías que había en su domicilio. No se veía allí nada valioso, ni siquiera interesante, pero las palabras de la mujer revelaban tantas privaciones, que el visitante acabó por preguntar el precio de un deteriorado abanico de concha.

—Deme por él lo que usted quiera, porque, de todos modos, ya no puedo emplearlo —contestó, dichosa, la anciana, saltando sobre la ocasión.

Cuando el extranjero le hubo indicado atentamente que su proceder era contrario a la ética comercial, ella, temiendo perder el negocio, dijo, modestamente, un precio, muy por debajo de su verdadero valor. El forastero sonrió y, tal vez para calmar los remordimientos de la operación anterior, ofreció más de lo que la anciana pedía; por lo menos cuatro o cinco veces más, lo que tampoco sería de mucho provecho para la pobre dama.

La reacción fue sorprendente. Ella lo miró a los ojos, estupefacta, luego al guía, y su mirada se tornó rápidamente desconfiada.

—Siento mucho, pero mucho, que no esté aquí mi nieto —dijo después de pensarlo a fondo—. Cómo usted verá, yo ya soy vieja, estoy imposibilitada, y será mejor que le consulte. Vuelva usted mañana, que entonces ya conoceré su verdadero valor —añadió finalmente, aliviada.

# MADRE DESCONOCIDA

## PRIMERA PARTE

**A**TARDECÍA ya cuando la policía lo puso en libertad.

Cuando el oficial de guardia se hubo excusado con evidente desagrado y por mera formalidad, uno de los funcionarios de turno le devolvió los cordones de sus zapatos, la corbata, la maquinilla de afeitarse y, luego, lo acompañó hasta la puerta.

Ya en la acera, Kurt mordió en el vacío el viento de diciembre, se levantó el cuello del gabán y dirigió lentamente sus pasos hacia el zoco. Obscurecía perceptiblemente, como si el clima se obstinase en convencer a aquella villa de que formaba parte de África. En cuanto se sintió fuera del campo visual de la comisaría, Kurt apretó el paso, ya que el tranquilo andar que se había impuesto hasta entonces estaba destinado a la mirada que acaso estaba observándolo desde alguna ventana. Comenzó a andar por la amplia avenida orillada de palmeras y luego torció de repente hacia una empinada calleja. Vio entonces fugazmente el Estrecho, así como las luces de Trafalgar, que llegaban hasta él desde la ribera opuesta. Involuntariamente echó a correr y se deslizó por la pendiente, temeroso incluso del rumor de sus propios pasos, hasta que, al llegar al Zoco Grande, los violentos latidos de su corazón le obligaron a detenerse. Le temblaban las manos; el sudor empañaba su frente; sentíase al borde del mareo. Muy cerca de él, un león de piedra con aspecto bonachón vomitaba agua en un cuenco sonoro. Kurt optó por sentarse sobre el lomo de la fiera, y descansó mientras el alegre murmullo del agua sosegaba sus nervios y el viento levantino secaba el sudor de su frente. Luego se ató pausadamente los zapatos, se puso la corbata y encendió un cigarrillo.

No le seducía mucho que lo detuvieran; es más, esto, últimamente, le ponía cada vez más incómodo. Y, si por casualidad, los guardianes del orden público lo dejaban tranquilo durante un par de semanas, experimentaba la sensación de que todo era una añagaza o todo se debía a una precipitada generosidad que le resultaría muy cara en cuanto la próxima oportunidad se presentase.

Miró hacia atrás, por la breve calleja empinada, pero no vio a nadie. En el mercado, las tiendas que seguían abiertas parecían guiñarse los ojos con muda y soñolienta comprensión. En el extremo opuesto de la plaza, unos encantadores de serpientes hacían llegar hasta él su musiquilla, si no en alas del viento, sí en las de una neblina casi imperceptible.

“A fin de cuentas acabaré haciéndome espía — pensó, irritado, y añadió —: ¡Si por lo menos supiera cómo empezar!”

Rápidamente enumeró para sí mismo los países dignos de ser tomados en consideración y a los que él podría honrar con sus servicios personales, pero renunció en seguida a ello. Dióse cuenta de que las pocas y humildísimas nacioncillas por las que sentía simpatía no podían sufragar los gastos de un servicio de información. Por otra parte, sabía también que estas ideas descabelladas sólo se debían a una sed de venganza meramente infantil.

Como el león resultaba demasiado frío, Kurt se levantó y siguió su camino. Se detuvo, distraído, ante el conjunto musical.

“Sí, me molestan cada dos por tres, sospechan de mí, pero es porque tanto mi comportamiento como mi defensa son equivocados. No protesto contra sus acusaciones como lo haría un inocente, sino que me defiendo con tesón y habilidad, como un auténtico culpable. Esta debe ser la causa, ésta y ninguna más”.

Ante él, en cuclillas sobre una estera hecha jirones, dos moros batían sus tambores, un tercero manejaba un breve pito y un cuarto miembro del conjunto se dedicaba a la sencillísima operación de dejarse desgarrar los restos de su nariz y de los lóbulos de las orejas por una vieja e inofensiva cobra, enroscada en su cuerpo.

Había, además, otros dos espectadores: dos mujeres embozadas en sus albornoques, y que, cubiertas hasta los ojos, se entregaban en cuerpo y alma a aquel goce artístico.

“Hablaré con el Jefe de Policía — decidió resueltamente Kurt—. Aclararé mi situación de una vez y para siempre. Y si no logro verlo, le escribiré; sí, le escribiré a su domicilio particular”.

A este punto habían llegado sus pensamientos cuando notó que aquellas dos mujeres, en vez de contemplar la representación, le observaban a él con codiciosa intensidad. Arrojó medio franco sobre la estera y se alejó rápidamente, pues desagradables vivencias acababan de recordarle que aquellos ojos fascinadores podían ser los de una mujer desdentada, de edad más que avanzada o, peor aún, los de un varón con perilla.

Sólo tuvo que dar unos pasos para llegar al Zoco Chico, estrechísima calleja donde los múltiples puestos de cambistas hacían casi impracticables las aceras. Allí actuaban intensamente los últimos “banqueros libres” de Europa, solicitando, ofreciendo y pregonando valores, divisas y monedas de oro. Sin siquiera mudar el paso, Kurt se enteró de la cotización de la peseta y del dólar. Luego, entró en el Café Neutral, donde, al cabo de un rato, vio al detective que lo había detenido por la mañana. Sentado junto a la barra, estaba jugando al póker con un joyero francés. En cuanto lo distinguió, el policía descendió de su taburete y se dirigió presurosamente hacia él. Azulados los labios, Kurt le chilló:

—Y Prometió, ¿dónde está?

—Te ha esperado hasta ahora. No hará cinco minutos que se ha marchado. Me ha dejado esto para ti...

Con un gesto de ira, Kurt arrebató los tres rollitos que le tendía el policía, se los metió en el bolsillo y siguió su camino luego de haberle ordenado con una mirada que le siguiera. El detective obedeció con evidente desgana, mas pareció cambiar inmediatamente de parecer, pues cuando Kurt cruzó la puerta, éste ya se apresuraba, temeroso de perderlo de vista, por entre la muchedumbre que a aquella hora solía abarrotar la plazaleta. Pero su inquietud resultó vana: Kurt le aguardaba afuera, abiertas las piernas y centelleante la mirada:

—¡Hijo de perra! ¡Cerdo! ¿A qué viene eso?—rugió.

—He cumplido con mi deber — contestó Miniti, el detective, intentando apaciguarlo.

—¡Que tu carroña sea pasto de los chacales, vergüenza de tus padres, maldición de tus hermanos! Conque te metes conmigo, ¿eh? ¡Ya me las pagarás!

El amenazado detective intentó cogerlo del brazo para llevárselo de allí, pues la gente empezaba a formar un corrillo en torno de ellos, pero Kurt se desasíó de un tirón y se alejó. Miniti permaneció un instante en su sitio, indeciso, y, luego, imponiéndose una sonrisa, gritó en árabe, como si quisiera convertir en broma una disputa amistosa:

—*Laina maxi?*...

Pero, sin dignarse siquiera contestarle, Kurt desapareció en la esquina, camino del barrio moro. Tenía prisa; aún debía trepar por las calles un buen rato antes de llegar a su domicilio, en el monte Amar. Subía de tres en tres los escalones de aquellas estrechísimas callejuelas. Poco le faltaba ya para llegar a la cumbre, cuando el detective logró alcanzarlo y lo siguió entonces en silencio, optando por callar, pero no porque hubiese perdido el resuello como él. Poco después, caminaban por el paseo que coronaba el monte, el más hermoso, aristocrático y callado lugar de Tánger. Sólo abajo, en las honduras, rugía el Océano y le replicaban las rocas.

Por fin llegaron a una torre blanca, nívea, levantada en medio de un palmeral. Kurt hurgó en sus bolsillos, buscando la llave de su casa. El otro lo observó atentamente y, al ver que se ponía cada vez más nervioso, se llevó la mano a su propio bolsillo y sacó de él una llave, con la cual le abrió la puerta.

Kurt ni siquiera se sorprendió cuando el detective le franqueó el paso. Aunque estaba sumido en tinieblas, cruzó rápidamente el pequeño recibimiento y el estudio, y, avanzando en silencio, se acercó a la cortina que hacía las veces de puerta de la alcoba. Disponíase a aguzar



el oído, cuando llegó a él un ronquido que le hizo proseguir su camino. Buscó a ciegas en el cajón de la mesita de noche y sacó una lámpara eléctrica. Luego, cuidando siempre de no despertar al que dormía, salió con el otro al jardín, en cuyo lugar más recóndito, había dos palomares. Entonces Kurt iluminó una de las dos entradas, suspiró, aliviado, apagó la luz y dijo como para sí:

—¡Qué suerte! Hace por lo menos una hora que han llegado.

Kurt tenía un brazo metido en el palomar. Luego de breve búsqueda, extrajo una enorme paloma mensajera. Sin decir nada, le entregó la lámpara al detective y éste la enfocó cuidadosamente hacia el ave, que intentaba desasirse de la mano que la apesaba. Kurt miró inquieto hacia la casa y levantó un ala de la paloma; apareció entonces, con un destello, un rollito de papel sujeto con un fino alambre. Lo soltó y devolvió el ave al palomar, y repitió luego la operación con otras dos. Después, mientras el detective examinaba el contenido de los rollos, Kurt se dirigió hacia el otro palomar, cuya entrada estaba cerrada por una puertecita; sacó sucesivamente tres palomas, a las cuales sujetó los rollos que le habían entregado en el Café Neutral, las soltó y desaparecieron éstas en la noche, hacia Levante. El detective le devolvió los rollos vacíos, sin hacer ningún comentario, y ambos se dirigieron hacia la puerta del jardín, evitando el edificio por indicación de Kurt. Ya ante la puerta, Kurt dejó que el policía se fuera sin tenderle siquiera la mano, y no hubiesen cruzado palabra alguna si, desde la calle, el detective no le hubiera dicho:

—Creo que por esta semana ya hemos terminado...

—No creas nada, buitre. No puedo decirte nada hasta mañana. Si te atreves, ve a desayunarte al Café París. Pero infórmate antes de en dónde y cuándo se puede visitar a tu ilustre jefe. Ahora, lárgate, que tu mujer empieza a sospechar que no estás en casa.

Y cerró la puerta de golpe.

Luego se dirigió rápidamente hacia la alcoba y encendió la luz. En el estrecho y largo sofá, junto a la cama, dormía, con las piernas separadas tocando el suelo, un negro gigantesco. El estrépito de sus ronquidos sobrepasaba los límites de la corrección, y resoplaban por las ventanas de su nariz como un pura sangre que acaba de ganar el Derby. Kurt intentó varias veces despertar al mameluco, mas, al resultar vanos sus esfuerzos, optó por golpear el gongo que se hallaba junto al lecho, con lo cual logró un resultado inmediato. El gigante se levantó de pronto y saludó a su amo con una repentina sonrisa cuajada de dientes y remordimientos.

—Creo que me he dormido, *Monsieur*...

—Sería lo de menos, si lo hicieras en tu sitio. Ya te he dicho más de mil veces que no quiero que te estés en mi alcoba — gruñó Kurt.

—Es la última vez que ocurre, *Monsieur* — dijo por fin, quebrando el silencio que se había helado entre ellos; y como, al hablar, su mirada se detuvo en la esfera del despertador, se volvió, asustado, hacia su amo y dijo —: Ya han dado las nueve, *Monsieur*... Hace rato que debía haber salido... —pero al llegar a este punto calló repentinamente presa de dudas respecto a la responsabilidad de aquel retraso. ¿Era suya, por haberse dormido, o de su amo por haber salido? Mas este no estaba de humor para aclarar cuestiones de esta índole: con voz dura ordenó:

—Lárgate volando, que a lo mejor ya se ha cansado de esperarte o se figura que no vas. ¡A ver si recuperas el tiempo perdido! — Y luego de acompañarlo hasta la puerta, añadió como despedida —: Ten cuidado: no hay ni una nube... Arréglatelas para estar de regreso antes de las cuatro... Y... que tengas suerte...

Cuando el negro hubo desaparecido, Kurt volvió a entrar en la casa. Su primera labor fue abrir de par en par la ventana de la alcoba, ya que el recuerdo físico del negro flotaba en el ambiente bajo la forma de un olorcillo acre. Luego se desnudó, tomó una ducha tibia y se deslizó en su cama con toda la velocidad que le permitía su fatiga. Recordó entonces que no había comido en todo el día, pero no se sintió con ánimos de levantarse, y abrazó amistosamente su almohada y le comunicó, semidormido, confidencialmente, su repentina decisión: “Mañana hablaré con el comisario de policía... Cuando sea mayor, ya les daré yo a esos perros sarnosos...”

\*\*\*

DORMÍA, aparentemente, con la conciencia tranquila, e incluso llegaba al final de un largo sueño feliz, rebosante de acontecimientos: Hallábase ante una celda abarrotada de policías que hincaban los dientes en un enorme emparedado, mientras unas manos descarnadas se tendían, suplicantes, hacia él, a través de los barrotes; luego, cuando extrajo otro bocadillo de uno de sus bolsillos, una paloma negra se le posó en el hombro, y cortó definitivamente el sueño. Volvióse del otro lado y siguió durmiendo.

Mientras, el negro, a través de las más tenebrosas callejas, salió de la ciudad. Al llegar a un matorral conocido, se quitó el gabán, lo escondió entre las ramas y prosiguió luego su camino, casi invisible en la noche. Al cabo de unos doscientos metros redobló su cautela, pues estaba en la zona internacional, donde eran harto frecuentes las patrullas tardías. Aun le quedaban por recorrer unos doce kilómetros antes de que alcanzara su meta, Barch, en la frontera del Marruecos español, donde solía encontrarse con su socio de Tetuán, que ya debía estar esperándole con impaciencia. En cuanto hubo cruzado aquella zona de peligro, apresuró el paso, mientras intentaba dominar su descontento y su miedo.

Le dolía que su amo le hubiese sorprendido en su alcoba, y se decía: “Si supiese que es el único lugar de la casa donde puedo descansar de verdad, seguro que se comportaría de otro modo.” Al negro no le agradaba dormir en el taller donde las estatuas le aterrizaraban. Cuando ingresó en aquella casa y quedó estipulado dónde tendría su yacija, estaba convencido de que, al anochecer, las estatuas cobrarían vida y se pondrían a trabajar honrosamente, no sólo por cuenta de su creador, sino también por su propia dicha física. Ya se había propuesto más de una vez plantear el caso ante su amo, pero siempre había tropezado con el orgulloso pudor que separa tan a menudo al ferviente creyente del hereje profano. Además, tenía también tristes recuerdos con respecto a discusiones de índole teológica, ya que si éstas no le habían hecho desgraciado, por lo menos le habían convertido en un pesimista, y eran, por añadidura, causa de su destierro. Ello había tenido efecto en Guinea, su tierra, hacía poco más de un año y medio, entre un fiscal español y él mismo. Aunque él fue una de las personalidades más respetables de su tribu, y a pesar de que el motivo de la acusación no podía considerarse como un crimen, sino, muy al contrario, como práctica religiosa, pálido y terco, el juez le había condenado a muerte, a pesar de su insistencia en explicarle que no había comido carne humana para llenarse el estómago, sino para cumplir con un severísimo rito ancestral. En fin, ni los testigos, que por docenas declararon que era vegetariano desde niño, ni el hecho de que no había sido carne de hombre, sino de una criatura, de una niña, de una niña tan pequeña que ni siquiera se la podía aprovechar para el trabajo, lograron torcer la decisión del juez, que lo había condenado a ser ejecutado como si a un hombre le sobrasen existencias. Por puro milagro logró escapar, y huyó a Tánger, en espera de la victoria alemana, pues tenía entendido que los alemanes, idólatras como él, serían más humanos con los indígenas y ahuyentarían los elementos católicos.

Se sentía unido a su amo, el escultor, por una especie de instinto, aunque no llegase a comprenderlo muy bien.

Advertía en él al hombre salvaje. Cuando entró a su servicio creyó que era brujo, creencia ésta que, con el decurso del tiempo, se fue democratizando hasta convertirse en un sentimiento más íntimo y en afecto. No era fácil definir sus relaciones, precisamente por lo extraordinarias. No cobraba sueldo alguno, ni lo pretendía. Tampoco se le daba el sustento, ya que el escaso dinero que para ello habría sido necesario se lo ganaba con el par de medias de *nylon* que llevaba consigo en cada una de esas correrías, y que, pagadas a setenta y cinco pesetas en Tánger, vendía por cien a su socio en la línea fronteriza. Sus necesidades se habían ajustado a las de los moros, comparados a los cuales, los japoneses, con su conformidad, resultaban verdaderos sibaritas. Su yacija no era motivo de mucho agradecimiento, porque él era quien hacía la mayor parte del trabajo de su amo. Pero, ¿qué más se podía hacer por un negro?

El negro moviase en un mundo extraño, cruzando raras praderas por la noche, y todos los seres vivientes resultaban inofensivos: no había ni lince, ni jaguares, no había cuadrúpedo que

lo perjudicase, ni serpientes venenosas, ni insectos que lo acechasen con sus aguijones emponzoñados sólo debía temer al hombre, sólo debía guardarse del hombre.

No es que tuviera prejuicio alguno con respecto al hombre blanco, ni que lo juzgara; pero en verdad resultaba difícil entenderlos. Todos, sin excepción, tenían siempre prisa, aun cuando sabían andar despacio, como él mismo lo había observado en varias ocasiones. En pleno mediodía, en las horas más calurosas, se dirigían velozmente a los cafés, y cuando morían, se hacían llevar tan lentamente que él tenía que huir de los coches fúnebres tapándose las narices.

“Acaso es porque tienen más pequeñas las ventanas de la nariz”, decía como conclusión de sus meditaciones, aunque sólo para caer en otro dilema, ya que no acababa de entender a qué venían aquellos juegos con las palomas. ¿Por qué le hacía llevar aquellas tres palomas, si las cambiaba por otras tres en la frontera? Oscurecía aún más las cosas el hecho de que las que le daban eran exactamente iguales, tanto en color como en tamaño y forma, a las que él entregaba. Resultaba incomprensible. En un principio las había examinado detenidamente, por si llevaban algún papel, alguna señal entre las plumas, debajo de las alas, hasta había llegado a palparles el buche, pero siempre en vano. “Puede que sea alguna superstición”, se dijo.

Empezó a llover quedamente y, a eso de la medianoche, el negro alcanzó la frontera. Llegó precisamente cuando el otro se disponía a regresar a Tetuán sin haber cumplido con su cometido. Canjearon las palomas, así como el par de medias, pero éstas por un billete de cien pesetas, y volvieron a separarse. No había luna que pudiese delatarlo, y llovía, con lo cual tanto la policía como los aduaneros procuraban guarecerse. Todo le había salido a pedir de boca. Luego de pensar un instante, eligió un sendero peligroso, dado el tiempo propicio, que acortaba su camino en unos tres kilómetros. Finalmente, con el propósito de eludir nuevos quebraderos de cabeza, se puso a canturrear, cosa ésta que había aprendido en el curso de sus caminos sin camino, durante aquellas noches oscuras entre Tánger y Tetuán.

\*\*\*

A la mañana siguiente Kurt fue a la comisaría, pero al llegar ante ella, entró en el *Café París*, tanto para desayunarse como para pensar lo que tenía que decir y prepararse para el trance. Consideraba llegado el momento de acabar con su fama de espía. Expondría con toda claridad que si vivía en Tánger era porque, al tratarse de un territorio internacional, donde no había ni un solo soldado, no podría tomar parte en la guerra — a la que odiaba cordialmente—, aunque quisiera hacerlo. Declararía que el mes de agosto del 39 le había sorprendido en París, donde, luego del fracaso de su única actuación política, había resuelto no oír hablar más de este arte. En efecto, en la terraza del café Dome, de Montparnasse, había redactado entonces tres cartas dirigidas a Hitler, Mussolini y Chamberlain, en las cuales les ponía en guardia contra la estupidez de la guerra. Durante una semana entera había estado esperando respuesta, no hay que decir que sin el menor resultado, hasta que perdió, paulatinamente, toda paciencia y se fue a Tánger con los restos de su pasaporte en la misma fecha en que se declaró la guerra. Ya estaba a medio camino cuando recordó que había olvidado poner sus señas en las cartas. Sin embargo, tal descubrimiento no fue suficiente para torcer su decisión: siguió su camino.

Había llegado sin dinero, y, el primer año, se había defendido haciendo caricaturas de yeso, para lo cual tenía un singular talento; las esbozaba en las terrazas de los cafés y las terminaba antes de que se hubiese fraguado la escayola. Pero su clientela, compuesta por turistas y marinos, fue menguando a medida que la tienda se extendió por el mundo. Al principio del segundo año se encontró abocado a una grave crisis económica, y más de un día no tuvo dinero ni para comer castañas.

Por pura casualidad dio con un compatriota residente en Tetuán, con quien organizó aquella modalidad de contrabando mediante palomas mensajeras. El tal individuo debió haber trabajado en alguna entidad bancaria, pues estaba enterado, como sólo los iniciados, del simple hecho de que, en cualquier país de divisas libres, la moneda de cualquier país libre vale del cuatro al cinco por ciento más que en un país sometido a la economía cerrada. Por muy raro que pareciera, un billete de cien dólares valía más, en pesetas, en Tánger, que en Tetuán, que

estaba solamente a cincuenta y nueve kilómetros. Como pareció que el compatriota disponía del capital inicial, empezaron el negocio, confiando los dólares, así como las pesetas que a cambio de éstos lograban, a las palomas mensajeras que, además de ser de toda confianza, resultaban muy baratas. Las aves eran veloces, con lo cual se precavían incluso contra las posibles fluctuaciones de la moneda. El negocio rendía de cien a ciento cincuenta dólares mensuales por socio, lo que permitía vivir holgadamente en Tánger.

En cuanto a su hermosa casa, aunque resultaba un poco complicado llegar a ella, la había conseguido casi regalada. Desde entonces vestía con elegancia impecable y había dejado de hacer caricaturas de escayola.

En realidad, no era de extrañar que todos lo tomaran por espía, incluso Miniti, el detective, que sentía por él un auténtico afecto. Una sola palabra de Kurt habría bastado para hacer feliz a aquel ejemplar de lujo de la fauna marroquí, al inquebrantable guardián del orden público, pero la palabra no se le ocurría nunca, y ni siquiera se suponía que fuera capaz de pronunciarla. No por malas intenciones el detective le amargaba continuamente la existencia, sino a causa de la compleja resultante de una serie de sentimientos que ni siquiera aparecían del todo claros ante sí mismo. Era un muchacho de sangre muy mezclada, de orígenes moro, árabe y judío, y por si fuera poco, su madre era de sangre y habla españolas. Uno de los rasgos fundamentales de su naturaleza era su terror pánico de hacer el ridículo. Lo temía más ante su jefe que las consecuencias de un fracaso rotundo. A pesar de que la ciudad temiese por su independencia, debido a la peligrosa vecindad de Gibraltar y a la masa de elementos con dudosos medios de vida, que se aglomeraban en ella, Miniti hubiese hecho gustosamente la vista gorda incluso sobre las “delicadas” actividades de Kurt, si éste se hubiera prestado a ser más sincero con él. No obstante, el escultor no podía sincerarse, ya que no tenía nada, absolutamente nada que esconder, y era verdaderamente una pena que desconociese el punto flaco de su verdugo, ya que con el más chabacano de los cuentos de espionaje se habría evitado innumerables sinsabores.

Muchas eran las cosas que Miniti no podía creer. Ya podía Kurt decirle a un camellero ciego que, a pesar de su prestancia, de su cultura y de su personalidad, se veía obligado a retratar, por las tabernas de Tánger, a los legionarios borrachos. Y, sobre todo, que hiciese creer a la abuela del diablo que de esta forma se podía vivir tan bien como para dedicarse al intercambio de billetes mediante palomas mensajeras. Aquellas aves eran, en efecto, causa de sus mayores quebraderos de cabeza, y por esto vigilaba siempre cuidadosamente la llegada y la salida de tales expediciones. “Seguro que allí hay gato encerrado”, se decía. De otro modo, ¿a qué venía tanta complicación cuando hubiese bastado poner los billetes en un sobre y mandarlos por el correo inglés? ¡Era, sencillamente, incomprensible!

En realidad, en ello se encontraba la clave de la situación ; allí se equivocaba el buen policía, ya que tanto Kurt como su colega de Tetuán no tenían la menor idea de que existiesen privilegios ingleses, ni de que éstos estuviesen garantizados incluso en tiempos de guerra. Además, aunque lo hubiesen sabido, era de temer que tampoco se hubieran atrevido a recurrir a esta posibilidad, pues les hubiese parecido excesivamente sencilla y, por lo tanto, irreal. Preferían ese complicado procedimiento de trasladar las palomas de fuera de su palomar de origen para evitar así las posibles tentaciones del árabe y el negro, y porque sabían, además, que la pena era muy distinta en el caso en que los aduaneros los sorprendieran con palomas o con divisas. Al fin y al cabo, por algo eran centroeuropeos.

\*

Aun no había acabado de desayunarse Kurt cuando Miniti se instaló a su lado sin saludarle siquiera, lo que se apartaba notablemente de sus costumbres. Con gesto hosco, visiblemente malhumorado, encargó un café con leche y se sumió inmediatamente en la lectura del diario de la mañana. Llegaba de la comisaría, directamente del despacho de su jefe, donde acababan de amonestarle vivamente por su error de la vispera. Llevaba en el alma todo el peso de las heridas que acababan de inferirle y, por su gusto, se hubiese dedicado a destrozarse con tenazas candentes

las carnes de Kurt, tal como lo hubiesen hecho, un par de siglos antes, algunos de sus antepasados de la otra orilla. No se le ocurría que tal vez era cierto que se había precipitado en sus deducciones. Había estado rondando alrededor de la villa de Kurt, impulsado por el justo e irrefrenable deseo de sorprender a éste “in fraganti” en cualquier cosa. Por allí andaba cuando su desprevenida víctima salió de la casa, presuroso por llegar a una cita importante, cuando, de súbito, recordando que había olvidado afeitarse, volvió a entrar y se precipitó hacia el cuarto de baño. Como el tiempo apremiaba, en vez de recurrir a las acostumbradas hojas, sacó una maquinilla eléctrica, que le habían regalado con lo que pretendía ahorrarse el enjabonado. Enchufó el aparato y, tal como estaba, sin ponerse siquiera una toalla alrededor del cuello, puso manos a la obra ante el espejo. El aparato comenzó a zumbiar delicadamente como un grillo enamorado que se frota las alas con alegría; pero ni los dientes ni las cuchillas dieron prueba de la menor intención de colaborar. Durante un rato, pacientemente, Kurt les dio vueltas a unos tornillos misteriosos, intentando hacer entrar en razón a aquella maravilla de la industria yanqui, pero logró tan sólo variar la música del artefacto que, por otra parte, siguió acariciando apaciblemente su rostro espinoso, hasta que, como si también se aburriese de aquella su actuación, emitió un par de chasquidos y calló, hastiada. Entonces Kurt dirigió una mirada a su reloj, y se encolerizó de repente; llevaba ya cinco minutos de retraso y aun no se había afeitado. Examinó la enmudecida cajita de baquelita y se puso a renegar de tal modo que cualquier sargento de caballería se habría sentido avergonzado; además, para su perdición, renegó en alemán. En aquel preciso instante, el perspicaz detective abrió la puerta de par en par y se hizo cargo de la situación en una fracción de segundo. Por fin se había presentado a él la tan anhelada oportunidad: Kurt con un micrófono en la mano. Ahora ya podía irle con cuentos de palomas. Apoderóse del cuerpo del delito, detuvo a Kurt y se llevó a uno y otro a la comisaría. Allí hubiese continuado todavía Kurt si a uno de los colegas de más mundo no se le hubiera ocurrido pasar por aquella dependencia y reconocer la utilidad de la maquinilla.

Ahora, fingiéndose enfrascado en la lectura, Miniti rabiaba, sin poder hacer nada a causa de las consecuencias de su fracaso, mientras Kurt concluía la síntesis de su declaración, y le preguntó luego:

—¿Te has enterado de cuándo está tu jefe en su despacho?

—Está allí desde hace por lo menos una hora — contestó secamente el otro.

—¿Crees que me recibirá?

—No lo sé. En todo caso, lo supongo. Pero ve ahora, antes de que le lleven la firma.

Kurt llamó al camarero, pagó y se disponía a salir, cuando el policía le preguntó de improviso, con incipiente suspicacia :

—¿Qué quieres pedirle?

—El nombre de pila y la fecha de nacimiento de Mahoma...

—Gallea lo que quieras, que pronto te quitará las ganas de hacerlo. Si quieres enterarte, ya sabe que en tu tierra también fuiste miembro de una sociedad... de una sociedad secreta.

—¿De veras?

—¡Y tanto! ¿Acaso lo niegas?

—No pero pienso. Sólo se pueden negar hechos. Además, no fui jamás miembro de ninguna sociedad secreta o pública. Ahora bien, te agradecería que indicases de qué sociedad se trataba...

—Pues de... Espera... De algo así como anti... antisemita, ¿eso es, antisemita!

—Conque eso, ¿eh?

—¿Y qué son?

—¿Quiénes?

—Pues los antisemitas...

Kurt se quedó un instante pensativo, pero luego contestó de pronto, como quien recuerda súbitamente un verso:

—Los antisemitas son aquellos que odian a los judíos más de lo conveniente — y se compuso la corbata mientras se dirigía hacia la salida.

Cuando empujó la puerta del edificio público, Kurt sintió que el corazón le latía en el estómago. Era la primera vez que por su propia voluntad franqueaba aquel umbral. Cuando se

encontró en la escalera, sus piernas empezaron a ponerse tercas hasta tal extremo que tuvo que imponerse a ellas agarrándose al pasamano y tirando de sí. Ya en la antesala del comisario, cuando le hubo comunicado al ordenanza su nombre y el motivo de su visita, no le quedó más remedio que sentarse, pues se sintió repentinamente bañado en sudor y extrañamente fatigado.

Miró con envidia a uno de sus colegas: un legajo abandonado sobre una mesa y en cuya cubierta, en un sello de color lila, resaltaba un número colorado:

“También detienen a los legajos — pensó estúpidamente, y añadió —: Y no hay quién los defienda...”

En aquel preciso instante sintió una levisima picadura en una mano y se la golpeó rápidamente con la otra. Una vieja mosca alzó el vuelo, dio unas cuantas vueltas en torno a él, llenó la enrarecida atmósfera de la habitación con una musiquilla que bien era de agradecer, y luego se precipitó resueltamente en el lago del tintero. Kurt aprobó con un movimiento de la cabeza y pensó que, fie todos modos, no lo recibirían. “Sería mejor que me concediesen audiencia para otro día; en este estado no lograré nada”, pensó mientras sacaba una cerilla con el propósito de acudir en auxilio de la mosca, pero en este instante volvió el ordenanza y le indicó que lo aguardaban. Kurt abandonó la mosca a su destino suicida y franqueó la puerta del despacho del hombre que, para él, representaba el supremo poder terrenal, mientras la primera frase de la declaración que tenía que hacer cristalizaba ya en su pecho.

La sala era una típica habitación marroquí, con unos pocos muebles bajos, almohadones de piel rayada con listas de color, cimitarras y fusiles espantosamente largos, bandejas de latón cincelado, pero de bazar, y falsas aunque legítimas alfombras orientales luchaban por cierta unidad indefinida. Tras la mesa escritorio estaba sentado un enjuto caballero de aspecto latino, con gafas y el labio superior enmarcado por un fino bigote. Sobre la mesa, entre dos teléfonos, cartas sin abrir, fajos de documentos, tres gafas distintas, un vaso de agua y un bote de bicarbonato.

El caballero respondió escuetamente al saludo de Kurt, le indicó que tomase asiento en la silla que había frente a él y volvió a enfrascarse en los documentos que tenía en la mano. Kurt se sentó, cruzó las piernas y se llevó la mano al bolsillo para sacar un cigarrillo. Sonó uno de los teléfonos; el comisario cogió el auricular, dijo “sí” y volvió a colgarlo. Kurt sacó la mano del bolsillo, pero sin el pitillo: es más, incluso dejó de cruzar las piernas.

“Es una pena que no sea pariente mío”, pensó esforzándose en descubrir algún rasgo simpático en la persona que estaba sentada delante de él. El silencio se hacía molesto, y los instantes parecían largos minutos.

“Tal vez quiera aprendérselos de memoria”, se dijo, haciendo un esfuerzo de imaginación mientras lo poco que le quedaba de aplomo se volatilizaba irremediamente como éter derramado en el suelo. En realidad parecía que el poderoso señor se había olvidado de su presencia, tan absorbido estaba en la lectura de un documento, que resultaba ser, ni más ni menos, una de las declaraciones de Kurt. Dios sabe cuánto tiempo habría durado aquella maldita situación si a Kurt no se le hubiera ocurrido romper el silencio diciendo: “Temo...”, y levantarse. Luego, al no recibir contestación a esta palabra, salió del despacho, retrocediendo lenta y silenciosamente. Ya en la antesala se detuvo un momento, se pasó la mano por la despejada frente, y le dijo al ordenanza que, ocupado en mondar una naranja, lo estaba mirando:

—Si llega a picarme, la ahogo en el tintero...

Naturalmente, ni siquiera mereció su respuesta.

\*\*\*

TAMBIÉN pasó aquel año.

Anocheceía. Abajo, los barrios europeos se preparaban febrilmente para las fiestas de Noche Vieja, empeñándose en superarse los unos a los otros.

En el extremo de su taller, Kurt luchaba tercamente con un Hércules directamente esculpido en mármol. Trabajaba vestido de frac, como de costumbre, aunque jamás quiso dar

las razones de este hábito. Y es más, había llevado su exageración hasta tal extremo que jamás se dejó convencer de que existiera tan noble indumento en cualquier otra importante ocasión.

En el otro extremo de la estancia el negro estaba tendido en un sofá, entre una Venus y una Minerva, distribuyendo hábilmente su atención entre su amo y el velador sobre el cual se hallaban dispuestos el whisky, el sifón y el hielo. Bastaba que el escultor soltase sus herramientas para que el negro apareciera a su lado y le ofreciese el vaso.

Aquellas eran las horas más bellas de la vida del negro. Cuando su amo trabajaba él no temía a las estatuas y sentía, al mismo tiempo, que pertenecía a alguien, que dependía de alguien. Además, mientras trabajaba, el escultor era para con él mucho más amable que de costumbre, y también muchísimo más locuaz. Durante estas horas, doblemente fecundas, su deshulvanada cultura aumentaba notoriamente. Aquella tarde, por ejemplo, Kurt se había dedicado casi por completo a la divulgación de lo germano, ya que conocía el ardiente interés que su oscuro amigo sentía por los alemanes. Y este último, apasionado auditor, se había enterado de cosas inolvidables y jamás soñadas. Por ejemplo, que los alemanes eran hostiles a los judíos, porque, como éstos, se consideraban pueblo elegido de Dios, y que por jello querían mantener su hegemonía lo mismo que aquéllos; que convertían con igual facilidad la mantequilla en excremento, como el excremento en mantequilla, y que sabían elaborar jabones de primerísima calidad a base de polacos y judíos, restando poco mérito al asunto el hecho de que aún no fueran capaces de proceder a la inversa, si bien se suponía, aunque sin razonarlo, que aun no habían dedicado toda su atención a la realización de este último ideal. También se había enterado de que eran insuperables en materia técnica, que fabricaban los relojes más veloces y, entre otras muchas cosas, que habían inventado la cazadora y el Baedeker; que era un sabio alemán el que había descubierto que los bacilos pulmonares vivían en el mismísimo pulmón, demostrando de paso que éstos aborrecían la luz solar y el aire puro; que si no habían acabado por retirarle la nacionalidad alemana a Ehrlich era porque daba la casualidad de que su compañero Hata era japonés, pero que resultaba ya que el Salvarsán no era un medicamento tan milagroso como se había supuesto en un principio.

También había aprendido que, tomando todo esto en consideración, era verdaderamente justo que el pueblo alemán se hiciera con el mando del mundo, trámite que ya se habría realizado desde hacía mucho tiempo si este gran pueblo hubiese dado, en el pasado, con un jefe digno de él. Ahora ya se había presentado la magna oportunidad: la nación incomprendida y engañada había logrado, mediante las más puras elecciones, el jefe que se merecía, jefe de mano fuerte que la llevaría, precisamente sobre las bases de sus valores raciales y espirituales, al lugar que le correspondía.

Embriagado, el negro se impregnaba de aquellos conocimientos multicolores sembrados con mano generosa, sintiéndose, con su corazón infantil, aún más cerca del anhelado libertador.

Los frascos de whisky se escanciaban con peligrosa rapidez y Kurt parecía inagotable en su objetiva exposición de los datos referentes a los alemanes. Ya debía de ser cerca de las diez; el negro se dirigía hacia la dispensa para coger otra botella, cuando, de repente, sonó el timbre de la puerta. Ambos se miraron, sorprendidos, sobresaltados, ya que en aquella casa una visita inesperada significaba siempre, en todos los casos, alguna mala noticia. Por la mente de ambos cruzó repentinamente la idea de que acaso al detective se le había ocurrido importunarles otra vez, pero pensaron también, como pensamiento aparte, que Miniti disponía de llave propia. Pero Kurt arguyó para sí que quizá llamaba por discreción, pues era día festivo, y se encogió de hombros, mientras el negro se dirigía hacia la puerta del jardín, cogiendo de paso la llave que estaba colgada en el marco de la entrada.

Un tanto irritado, Kurt arrojó a un rincón el escoplo y el martillo y, luego, se dirigió presurosamente hacia su cuarto, donde se quitó el frac, se puso un guardapolvo y tuvo aún tiempo de echarse una bufanda alrededor del cuello, antes de salir al encuentro de la inesperada visita. Pero, al entrar en el estudio, se detuvo en seco, como si acabase de tropezar con un fantasma. El negro regresaba de la puerta llevando de la mano un chiquillo rubio no más alto que una bota. El rostro del canibal reflejaba un feliz asombro, mientras las facciones del pequeño sólo estaban iluminadas por una sonrisa cortés. La mirada de la criatura se fijó, tranquilizadora, en la del escultor y le entregó una carta que llevaba en la mano derecha.

\*

Kurt dio unos pasos hacia el recién llegado y tuvo que detenerse de pronto, pues experimentó la sensación de que ya no le quedaba una gota de sangre en las venas; aunque en edición minúscula, aquel chiquillo era copia exacta de su propia persona. Finalmente, cuando se repuso un poco, logró preguntar con voz ronca y extraña:

—¿Cómo ha venido a parar aquí?

—No lo se, *Monsieur* — contestó sorprendido el negro, y añadió seguidamente —: Creo que lo han traído. Cuando llegué al portal, ya estaba solo. Ni siquiera habría podido llegar al timbre...

—¿No viste a nadie por allí cerca?

—Ni un alma, y eso que miré de verdad...

Entonces el escultor atrajo el chiquillo hacia sí y, aunque le hubiese gustado cogerlo en brazos, se quedó mirándolo cohibido. Finalmente, le preguntó en francés:

—¿A quién buscas?

Por toda contestación, el niño volvió a tenderle la carta. Entonces Kurt le hizo de nuevo la misma pregunta en castellano, en inglés y en italiano, logrando por toda respuesta que la criatura alargara cada vez más el brazo hacia él. Extrañado, cogió la misiva, pues durante el interrogatorio, se había fijado en que las señas estaban escritas en alemán. Rasgó el sobre y leyó:

“*Lieber Kurt:*

“Te mando a tu hijo, única razón de mi vida.

“No escribo, ni puedo escribirte la causa de mi renunciación pues con ello descubriría irremediamente mi personalidad, que quiero y mantendré eternamente en secreto por el bien de nosotros tres.

“Varias veces me dijiste, creyendo decirlo en broma, que un hijo te haría feliz si no tuvieras que soportar por ello la presencia de una mujer, ¿recuerdas? Ahí lo tienes, y me gustaría que te entendieras con él. Sólo puedo decirte que, por mi parte, no lo he logrado jamás, a pesar de que intenté todo lo humanamente posible. No ha conocido a nadie más que a mí, pero siempre he sido, y sigo siéndolo para él, una persona extraña.

“Quiérello, si es que puedes, y quiérello también por mí.”

\*

Pensativo, Kurt se metió en el bolsillo el mensaje redactado en un alemán espantoso y, estremeciéndose, bajó la vista hacia el hombrecillo risueño. Sus manos se dirigieron hacia la cabecita rizada para acariciarla, acaso en un ademán que debía transformarse en abrazo, pero, durante su recorrido, las manos modificaron su trayectoria y, llegando hasta su abrigo, ayudaron al chiquillo a deshacerse de él.

—*Danke schön* — dijo correctamente el recién llegado en el idioma materno de Kurt, que para éste empezaba ya a borrarse poco a poco.

“Ya lo acostumaré”, pensó con decisión y, de repente, miró en torno suyo, buscando algo que hacer, aunque sólo fuera para deshacer, por lo menos, el triángulo isósceles que los tres formaban en medio de la habitación. De los otros tomó prestada una sonrisa y se le ocurrió que el visitante debía tener hambre.

Le hizo seña al negro de que le siguiese, cogió al chiquillo de la mano y lo condujo a la cocina, que hacía las veces de comedor. Instaló al niño en la cabecera de la mesa y, luego, dispuso sobre ella todo cuanto había de comestible en la casa. Kurt se sentía incapaz de hablar en alemán a la criatura, y le ofreció en silencio fiambres, conservas y pescado ahumado, mientras el negro hacía café, única cosa caliente que sabían preparar en casa.

Kurt estaba tan turbado que se sentía incapaz de llevar a buen término el menor pensamiento sensato; apretaba los dientes con tanta violencia que le dolían las mandíbulas y



tenía tan agarrotada la garganta que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para tragar un par de bocados, mientras el chiquillo rechazaba uno tras otro los tesoros de la mesa y su risueña y pura mirada, si de vez en cuando se dirigía hacia el negro o a los pocos muebles extraños, volvía siempre, insistentemente, hacia su enmudecido padre.

“Deberíamos comprar leche, o quizá chocolate; al fin y al cabo, es muy pequeño todavía. Mandaré al negro que vaya a buscarlo”, pensó el escultor.

—Y trae también arroz — añadió por fin con voz alta, olvidando que hasta entonces sólo había estado pensando. Luego añadió tajante —: Ya partir de mañana, le enseñarás el francés, que de algún modo hemos de hablar con él.

A pesar de su corta mentalidad, el negro debió de comprender que se trataba de ir por leche, pues se puso a lavar una botella y desapareció después a toda prisa, dejando desesperadamente solos al padre y al hijo. El silencio se hizo aún más denso y llegó a ser casi insoportable la mirada escudriñadora del niño. Para no tener que contestar a aquellos ojos, Kurt se puso a abrir cuatro latas de conservas de frutas, todo ello con unas dificultades y un celo algo exagerados.

“Si comiese, quizá no me miraría tanto”, fue el pensamiento que cruzó su mente, seguido al punto por el recuerdo de que en el armario de su alcoba guardaba una lata de piña tropical, su golosina predilecta, difícil de encontrar en aquellos tiempos, aunque fuese en conserva, último tesoro que guardaba celosamente para cuando celebrase la conclusión de su Hércules. Intentando ganar tiempo fuera como fuese, se fue a buscar la lata y, ya abierta, se la ofreció al chiquillo. Inesperadamente, el niño aprobó con la cabeza, a lo cual Kurt replicó colmándole el plato. Con encantador entusiasmo, la criatura echó mano a sus cubiertos y se puso a comer con una habilidad sorprendente para su corta edad y a pesar de que apenas llegaba a la mesa.

Entonces comenzó el padre a examinarlo detenidamente.

\*

El parecido entre ambos era sorprendente, casi espantoso. Igual eran también las manos, idéntica la forma de las orejas, análoga la línea del cuello. Era increíble.

El apetito, que era grande, acabó con la ración de piña tropical; Kurt volvió a llenar el plato y, advirtiendo que el niño estaba incómodo, fue a la alcoba a buscar una almohada. Pero, al llegar ante el sofá, se sintió tan confuso que no recordó ya lo que había ido a buscar allí y se dejó caer en él.

El caos de sentimientos e ideas que lo embargaba le parecía desprovisto de razón, incluso ante sí mismo, pero consideraba incomprendible e incluso inhumano el sentimiento que se abría paso en él a través de todo y que era lo único que cristalizaba en él, y se iba convirtiendo en algo más definido. Empezaba a estar celoso de su hijo. Podía muy bien ser que se debiera al incidente de la piña tropical, pero el resultado era indiscutible.

Entonces se dio cuenta de que era padre, pero no de una, sino de dos criaturas, cosa que no modificaba en lo más mínimo el hecho de que hasta aquella noche no había sabido de ninguna de ellas. Uno de sus hijos era el intruso, y el otro, de bastante más edad, él mismo, cuya hegemonía peligraba. Permaneció largos minutos sin pensar en nada, mirando fijamente, en la obscuridad, el rectángulo blanco de la puerta. Por último el dolor brotó de su boca como si le hubiesen clavado astillas en las encías, y sobreponiéndose por fin a su atontamiento, se dio unas palmadas en los muslos y se incorporó.

“Jamás oí decir que en minutos tan decisivos pudieran dolerle a alguien las muelas”, exclamó, enfurecido y, cogiendo un almohadón de piel, volvió al comedor.

Mientras tanto, el chiquillo había acabado con el contenido de la lata y, después de haber empujado el plato vacío hacia adelante, se había dormido tranquilamente con la cabeza reclinada sobre sus brazos cruzados. Conmovido, Kurt observó el pequeño cuerpo que descansaba rígido y le costó decidirse a abandonar aquella visión. Cuando la cabecita resbaló hacia una de las manos, el escultor volvió a la alcoba, encendió la lámpara y preparó un lecho sobre el diván. Luego, cuando levantó cuidadosamente al chiquillo para acostarlo, la cabecita se apoyó, soñolienta, en su hombro, y el corazón latió junto al suyo, provocando en él una

emoción tan fuerte y nueva que se estremeció. Incluso le desapareció el dolor de muelas. Por fortuna, su aturdimiento se produjo junto al marco de la puerta, contra el cual pudo apoyar la espalda.

“Esto ya es demasiado para un solo día”, murmuró indignado, esperanzado, y prosiguió su camino como si aquella carga fuera infinita. Luego de algunas pequeñas dificultades logró desnudar al niño que gemía de sueño, aunque sonriendo, y que, cuando apagó la luz, ya había vuelto a dormirse. Entonces Kurt descorchó una botella de whisky, vertió unos cinco dedos sobre el hielo centelleante y lo bebió de un trago. Ni siquiera se dio cuenta de que no llevaba puesto el frac.

Primero trabajó con el gran escoplo, labrando la espalda, desaparecida aun, debajo del mármol, pero pronto se dio cuenta de que aquella labor, más bien física, no reclamaba suficientemente su atención; tenía la cabeza como una colmena en la cual se ha introducido una reina extranjera. Cambió, pues, de herramienta y, empuñando un escoplo fino, se puso a trabajar en las manos, que siempre representaban para él serias dificultades. Y entonces fue cuando se dio cuenta de que el negro había ya regresado y lo observaba fijamente, desde una distancia prudencial, balanceando, sin saber qué hacer con ella, la botella de leche.

—¡Ponla en algún lugar fresco! — Le gritó, casi furioso y añadió —: Sírvenme whisky y abre la ventana.

Mientras el negro obedecía en silencio, Kurt reclinó la frente sobre el pecho de mármol frío y pensó: “Debí haber nacido viento o mármol. Soy tan vulgarmente, tan higiénicamente egoísta... ¿Por qué habrá de resultar todo tan complicado?”

Harto de esperar con el vaso de whisky levantado, el negro carraspeó respetuosamente. La helada bebida mágica desapareció de forma fulminante en la garganta del escultor, que devolvió el vaso con un ademán tan inconfundible que el negro fue a llenarlo de nuevo.

—¿Cuántos años crees que tiene? — le preguntó mientras el caníbal se dirigía hacia la botella. Este se volvió y se detuvo un tanto pensativo; extendió horizontalmente la mano, apreció de memoria la estatura del chiquillo y, temeroso de decir algún disparate, articuló con dificultad, mientras desmenuzaba el hielo:

—Parece que cuatro o cinco años. Pero como se parece a usted, es posible que tenga menos.

El escultor bajó del andamio, frunciendo el ceño, preocupado, y se sentó en el entarimado que sustituía al pedestal.

—Lo mejor que podemos hacer es comérmolo mañana para almorzar. ¿Sabrías guisarlo?

El negro se quedó perplejo ante semejante proposición. Se le escapó el vaso de la mano y dio un golpe seco sobre la mesa. Miró fijamente a su amo con ojos tan abiertos que parecían blancos como la nieve. Pero su expresión no delató, por lo menos a un blanco, los sentimientos que la provocaban. Kurt no soportó mucho tiempo ni aquella mirada, ni su rigidez de ídolo: señaló el vaso con ademán imperativo. De súbito, el negro se volvió, se dirigió precipitadamente hacia la cama, extrajo de debajo de ella una larga bufanda de algodón amarillo, se la enroscó alrededor del cuello y, pasando ante su amo sin proferir palabra, salió y se perdió en la noche.

Cuando Kurt se dirigió hacia la mesa a buscar una copa se dio cuenta de que estaba completamente ebrio.

\*

¡Viejo asno sentimental! Veo que acabarás componiendo canciones para Lucienne Boyer, en alguna de las calles adyacentes a los Campos Elíseos”, gruñó pensando en el negro.

En aquel instante se apagó la luz y, por la ventana abierta de par en par, llegó hasta allí la algazara de los barrios de abajo. Era medianoche y faltaba poco para que comenzara el año 1942. Como le molestara aquel ruido, Kurt cerró la ventana y se dirigió a tientas hacia su vaso. Aún no lo había alcanzado cuando volvieron a encenderse las luces. Notó con agradable sorpresa que tenía la mente embotada, que sus nervios se recogían en sus fundas protectoras, suaves como la caricia del terciopelo, y que sus pestañas pesaban por el sueño.

## Madre Desconocida. Cuarta Parte

“Dentro de cinco minutos estaré durmiendo como una marmota. Mañana, con la cabeza despejada, decidiré sobre el futuro”, opinó.

Se bebió las pocas gotas de alcohol que aún quedaban en la botella. Se quitó los zapatos con los pies, apagó la lámpara y se dirigió de puntillas a la alcoba. Se tumbó sobre la cama sin desnudarse.

# MI TÍO JACINTO

## CAPITULO I

**E**l potente zumbido de un cuatrimotor que buscaba la pista de aterrizaje del cercano aeródromo de Barajas despertó a Pepote. Se incorporó dormido aún, apartó las greñas que caían sobre su frente, se frotó los ojos con los puños y se sentó sobre el estrecho banco que le servía de cama.

La claridad que se filtraba por las rendijas de la barraca le convenció de que ya era de día. Tendió la mano rutinariamente hacia la estantería en la que estaba colocado el viejo despertador: el artefacto permanecía mudo, como un amor verdadero, y su única saeta estaba señalando, meditabunda, un punto del pasado.

El chiquillo miró hacia donde se apagaba poco a poco el rugido de los motores, sacudió el despertador y colocó la fina aguja metálica en el 9. Luego se puso los pantalones, se calzó y comenzó sus quehaceres.

Descolgó del clavo la panzuda jarra de leche y la olfateó. Se arrepintió en seguida de su curiosidad y, haciendo una mueca de asco, volvió a tapanla.

Iba ya a salir cuando recordó que necesitaba dinero. Exploró hábil, aunque inútilmente, los bolsillos de la chaqueta y los del pantalón que yacían sobre el banquillo, al fondo de la estancia. Indeciso, miró en torno suyo por la penumbra y, cuando pasó la mano por debajo de la enrollada gualdrapa que hacía las veces de almohada, su semblante no reflejó la más pequeña esperanza.

Cogió la jarra y abrió la puerta. Empezaba a llover. Sus facciones parecieron alegrarse un poco, pues este fenómeno era casi un acontecimiento por aquellas fechas. Se dirigió hacia el diminuto riachuelo, hijo del monte que se erguía por encima del lugar y que formaba la única aunque invisible valla que deslindaba el minúsculo solar al pie de la colina y en el que se levantaba el «castillo» que fue en otro tiempo almacén de algún contratista de obras.

Le brillaron los ojos al descubrir el hilo de agua que rumoreaba desde el manantial y se dirigió hacia la balsa desde donde la corriente se derramaba rumorosa por la acequia que discurría a lo largo del sendero.

Lavó la jarra y se disponía a asearse cuando se le ocurrió algo que le pareció muchísimo mejor. Recogió pedruscos y cascotes y comenzó a estrechar los cuatro palmos escasos que tenía de ancho la desembocadura del riachuelo. Sus actividades fueron coronadas por el éxito porque la corriente se hinchó y cobró fuerza.

Entonces el chiquillo regresó, corriendo, a la barraca, de la que salió a poco llevando una antiquísima y vieja navaja, dos trozos de madera arrancados de las paredes y una cuchara de palo digna de mejor destino, elementos que no tardaron en convertirse en una rueda de molino que se puso a girar alegremente en cuanto las habilidosas manos infantiles hubieron fijado el eje entre los pedruscos que formaban la presa recién construida.

Pero el rapazuelo no pudo entretenerse en la contemplación de su obra porque la lluvia arreciaba. Recogió la jarra y se dirigió con pasos rápidos hacia la hilera de casas que se levantaban a unos cien metros de allí, entre las que se encontraban la tahona y la lechería.

El panadero estaba en la trastienda enfrascado en la lectura del periódico de la mañana, mientras su mujer contemplaba la lluvia que, formando abundantes regueros, buscaba el término de su recorrido en el cristal del escaparate. En cuanto vio al chiquillo, le gritó con cólera repentina a su marido:

—¡Es el colmo! Cuidado que tiene mala entraña el tipo. Ha tenido hígados para mandar al crío a pesar de la lluvia.

—¿De quién hablas?

—¡De quién voy a hablar, sino de ese puerco borrachín! ¡Mira como corre el desdichado!

El panadero buscó con los pies las zapatillas próximas, pero alguna noticia le hizo pensarlo mejor.

Pepote corría que se las pelaba porque la lluvia se había convertido en un verdadero diluvio y la chaqueta con la que se amparaba la cabeza le brindaba muy escasa protección.

La panadera aplastó con la punta de su chal una mosca tan corpulenta casi como ella y se colocó tras el mostrador cuando el rapazuelo, perdido el resuello, entró en la tahona en compañía de un cortés:

— ¡Buenos días tenga usted!

Sorbió por la nariz las gotas de agua que le resbalaban por los labios y, cohibido, pues advertía, más que verlo, que el agua que se escurría de sus ropas estaba formando un charco en torno a sus pies, dijo con prisa:

— Dos panecillos, por favor.

— ¿Nada más? — preguntó la mujer, mientras sus brazos continuaban en la inercia.

— Nada más — repitió el chiquillo, algo sorprendido, y luego, tras una breve pausa, rectificó — Bueno, sólo quiero uno.

Entonces el brazo de la panadera se puso en movimiento, no hacia los panes sino hacia el niño y tendiendo la palma de la mano. Su marido, al advertir el ademán, se retiró precipitadamente al interior.

— No llevo dinero. Se lo traeré mañana — dijo el hombrecillo, azorado.

— Con que mañana, ¿eh? — rugió la panadera con los ojos centelleantes — ¡Esto sí que no! Dile a tu tío, al vago ese, a ese granuja indecente, que todo tiene sus límites. Si no fuera porque no me gusta meter las narices donde no me llaman, hace tiempo que lo habría denunciado.

El chico agachó la cabeza. Entonces, con verdadero espanto, descubrió el enorme charco de agua que se había formado a sus pies. “¿Qué pasará si ella lo descubre?”, lloriqueó su conciencia, mientras él retrocedía lentamente hacia la puerta.

— Hace tiempo que debí haberle hablado a mi cuñado, que es guardia civil... — continuaba la panadera.

— Verá, he de hacer otras compras. Adiós, señora — atajó el chiquillo desde la puerta.

Y salió disparado.

Pegándose a las paredes se deslizó hasta la tienda siguiente, que era la lechería.

El dueño, viejo y bigotudo, que estaba haciendo rodar desde un rincón un bidón de leche, ni siquiera contestó al saludo de su repentino cliente. Pausada y cachazudamente acabó su tarea y se limpió las manos en el delantal antes de colocarse detrás del mostrador.

— ¿Qué quieres? — preguntó entonces.

— Dos cuartillos de leche — contestó el niño, poniéndole ante las narices la jarra destapada.

El viejo pareció titubear un instante, pero se decidió a coger la medida y escanciar la leche.

— Una sesenta — dijo con voz queda, mientras ajustaba la tapadera.

El chiquillo debía esperar estas palabras, pues contestó con rapidez:

— Se lo traeré mañana. No llevo.

— Acepto talones y a veces letras — dijo el lechero sin el menor asomo de humor, casi severo.

El niño, que no había entendido una palabra, se quedó mirando, indeciso, el centro de aquellos bigotes, bajo los cuales no tardó en surgir la engorrosa pregunta:

— ¿Para quién es la leche?

— Para mí.

— La cosa cambia. Tómatela aquí mismo.

— Me gustaría bebérmela en casa.

— ¿Qué más te da?

— Es que...

— ¡Esto sí que no! — exclamó el lechero, alzando un poco la voz — Quieres llevarle el desayuno a ese granuja, a ese perdis, ¿eh? ¡Vas bueno! ¡Ni hablar! ¡Leñe con el tipo! Yo también soy de los que por la mañana se lavan la boca con tintorro, pero yo sé ganarme los

cuartos para eso. Temprano ya estoy aquí limpiando la tienda, mientras tu tío anda de un lado a otro dando trompicones y con su buena cogerza.

— Verá, se pone malo por las noches si no bebe.

— ¡Ésta sí que es buena! ¡Que el diablo se lo lleve! A fin de cuentas este será el resultado. A mí no me gusta la leche ni vivo de ella, como tampoco del agua, dicho sea con perdón — añadió, hablando casi desde el interior del bidón que, entretanto, había destapado para verter en él una medida más pequeña — Si quieres desayunarte, puedes beberte todo el bidón. Además, ahí tienes el cajón: coge dinero para el pan.

— No. Quiero tomarla en casa — replicó el chiquillo, sin perder la esperanza — Me dejé allí el dinero.

— Mientes.

— No miento.

— Entonces ve por él. No se te agriará la leche mientras vuelves.

— Bueno... Vuelvo en seguida — dijo el chiquillo, dirigiendo una mirada apenada a la jarra, que se quedaba en el mostrador.

— Cuando quieras, chaval.

Mientras tanto, había dejado de llover. El cartero surgió de un portal, se sacudió el agua del capote, saludó al niño y siguió su camino. Una gallina asomó por entre las matas, remedó con insolencia al funcionario y, distraída, picoteó un clavo en lugar de una lombriz.

Pepote comenzó a vagar sin rumbo, al azar. Estaba malhumorado porque la jornada había tenido mal principio pero las voces de una pandilla llegaron a sus oídos desde un amplio solar que se extendía entre dos casuchas. Los chicos eran mayores que él y como tampoco tenía ganas de jugar, pasó de largo como si no los hubiera visto. Ya estaba junto a la casa más distante cuando le llegaron unas palabras:

— ¡Oye, tú! ¿Quieres ganar dinero?

— Claro que sí — contestó él, volviéndose, esperanzado — ¿Cómo?

— Con los cuernos — dijo uno de ellos, orejudo y pecoso, adelantándose — Estamos preparando una corrida y nadie quiere hacer de toro.

— ¿Cuánto me dais?

— Más que nadie. Veinte céntimos.

— ¿Por faena?

— Por estocada.

— ¿Tenéis picadores?

— Banderilleros nada más.

— ¿Dos pares?

— Tres.

— ¡Vale!

Le metieron hasta los hombros una cabeza de toro hecha de mimbres, adornada con dos astas. Cobró por anticipado, adoptó una postura agresiva, echó el cuerpo hacia delante y la corrida empezó.

Salió el sol y, poco a poco, comenzó a sentir calor, a fuerza de correr encorvado. Le dolía la espalda, pero cuando pensó descansar un poco se dio cuenta de que ya poseía dos pesetas en calderilla, o sea, algo más de lo que costaba la leche.

Entonces se quitó la cabeza de toro y se la dio al más pequeño de los chavales, mientras hacía ademán de coger el estoque de madera envuelto en un trapo colorado.

— Ahora seré yo el torero — dijo.

— Bueno — dijo el otro —. ¿Cuánto pagas?

— Veinte, como tú.

— No, no...

— Treinta.

— ¡Quiá!

— Cuarenta.

— No.

— Pues, ¿cuánto?

- Una peseta.
- No está bien — protestó — Sólo me habéis dado veinte céntimos.
- Porque eres pequeño.
- ¿Y qué?
- ¿Sabes cuánto vale un becerro y cuánto vale un toro?
- No.
- Ya me lo imaginaba. Te enteras y vuelves mañana. Ya hablaremos del asunto.

\*

Indudablemente le hubiese gustado seguir discutiendo, pero se acordó de la jarra de leche que le estaba aguardando y se fue. Ignoraba si el chico tenía razón o no en lo del precio, pero le escocía no haber podido matar un solo toro.

“Cuando sea mayor, será distinto”, pensó.

Llegó así ante otro solar en el fondo del cual un par de asnos pacía cachazudamente. Se detuvo distraído y observó con atención a los dos animales, a pesar de que no era la primera vez que los veía. Luego, llevado por una idea repentina, se acercó a ellos.

Se quitó la chaqueta, se la ajustó en la diestra, como si fuese una muleta, y la sacudió brevemente, aunque a prudencial distancia, ante uno de los burros.

— ¡Je, je, toro...! — gritó al animal, excitándolo audazmente — ¡Je! ¡Je! ¡Mira, miiiiraaa, torito!

Naturalmente, el burro no reaccionó ante esta pro-vocación. Es más, ni siquiera alzó la vista. Entonces el chico citó a la otra fiera: primero desde lejos, luego desde más cerca.

Si bien no fue mayor su suerte, siguió porfiando y, volviendo a acercarse, emocionado, sacudió la chaqueta más enérgicamente cada vez.

En aquel momento apareció en el cielo otro avión que se disponía a aterrizar. Pepote reconoció en seguida al «Douglas» de la «Air France» y supo que eran más de las diez.

Se puso la americana y echó a correr hacia la lechería.

Entró precipitadamente en la tienda, desierta en aquel momento. Dejó con ruido el dinero sobre el mostrador, agarró la jarra y echó a correr hacia su casa.

Al llegar a la barraca se quedó de piedra porque le aguardaba una visión espeluznante.

Él pequeño solar, que formaba una ligera depresión, estaba totalmente cubierto por las aguas.

Al ver esto, el chiquillo, cuya conciencia no estaba muy tranquila, se precipitó hacia la presa de su invención, de la cual hacía ya tiempo que la corriente se había llevado el molino. Rápidamente deshizo su obra y arrojó a lo lejos piedras y cascotes para dejar libre el desagüe del lago improvisado. Luego se quitó los zapatos y se dirigió a la barraca.

Le costó mucho abrir la puerta, la cual cedió a la violencia saltando de sus goznes. Poco faltó para que lo aplastara en su caída. La jarra se le escapó de las manos y la leche se mezcló con el agua.

Una vez dentro fue recibido por unos ronquidos uniformes, serenos y tranquilos, y por un palmo de agua sobre cuya superficie flotaban los más diversos objetos, gran parte de los cuales desconocía o hacía tiempo que consideraba extraviados.

Recuperó primero el viejo despertador, adelantó la minutería, lo sacudió e incluso lo hizo sonar. El resto de su actividad se desenvolvió en aquella región de la gualdrapa donde se suponía que estaban tapados los oídos de su tío.

De momento, el único resultado fue que, si bien cesaron los ronquidos, también desaparecieron bajo la manta los mechones de pelo con los cuales aquel cuerpo en reposo mantenía un contacto orgánico con el mundo exterior. Luego se dejó oír un gruñido reprobatorio que degeneró en otra serie de ronquidos.

A costa de tiempo y reiterados esfuerzos por parte de Pepote, finalmente Jacinto se incorporó. Pero cuando, al sentarse sobre la cama, le alcanzó el agua la pierna reumática, rugió



como si hubiese pisado un hierro candente. Sólo entonces, al dirigir una rápida mirada por la barraca, se le heló la sangre en las venas.

— ¡Caray...! ¿De dónde salió esto?

— Ha llovido mucho, ¿sabes?

— ¿Cuándo?

— Hace un rato.

— No me he enterado de nada.

— Estabas durmiendo.

— ¿Y qué quieres que haga a estas horas? ¿Es que no se puede dormir en esta casa?

— El caso es que... La verdad...

— La verdad es que has vuelto a construir otra presa.

— Algo tenía que hacer.

— Algo tenía que hacer... — refunfuñó Jacinto — Y no se te ocurrió pensar que podía ahogarme.

Jacinto vio entonces uno de sus zapatos flotando a la deriva. Lentamente se acercaba a la puerta. El hombre, lleno de ira repentina estalló:

— ¿Te das cuenta de lo que ocurre cuando haces lo que te da la real gana? Te he dicho mil veces que el agua-es un asunto muy peligroso. ¡Parece mentira que un chico tan grande como tú sea tan tonto! Eres terco como una mula. Nunca serás un hombre. Merecerías que te diera la patada y no me preocupara más de ti.

Durante este sermón, el chiquillo descubrió el otro zapato y, después de verter el agua que ambos contenían, los colocó, triste y calladamente, al alcance de Jacinto, quien, alzando amargamente los hombros, empezó a vestirse de pie en la cama.

Mientras tanto, el chico tomó las medidas oportunas para asegurarse una retirada a pie enjuto.

Como pudo, volcó la mesa y la arrió a la cama, pero su tío comprendió el alcance de aquella maniobra solamente después de una breve meditación. Cuando, por fin, se sentó en aquella embarcación improvisada, ni siquiera intentó encubrir sus justificados temores.

El niño le tendió su viejo paraguas descolorido que hizo las veces de zagal durante la aventurada salida. Cuando, por último, alcanzaron la orilla, Jacinto saltó de la embarcación con bastante más agilidad que al embarcar y, a toda prisa, se apartó de la zona peligrosa.

Pepete se dirigió en busca de sus zapatos, que se habían quedado junto a la presa, mientras su tío, que estaba escurriendo el agua que empapaba el borde inferior de su americana, descubría una carta clavada en el trono de un árbol, ante sus narices.

Se acercó un poco más y, sorprendido, vio que el mensaje estaba dirigido a él. Con desconfianza rasgó el sobre y, achicando los ojos, descifró su contenido.

Era una carta fechada tres días atrás, en la cual el empresario de una corrida confirmaba lo que había quedado estipulado de viva voz, según lo cual tomaría parte en la fiesta que se celebraría ese mismo día, como matador, y con los honorarios de mil quinientas pesetas. Se le suplicaba la máxima puntualidad, a las veintiuna horas, y quedaban de él muy atentos servidores, etc.

Colocó de nuevo la carta en el sobre, se quedó unos instantes pensativo y luego, con un solo ademán, la estrujó y la arrojó a lo lejos.

El chico, que en aquel momento había llegado junto a él, observó con cierta alegría que a su tío acababa de ocurrirle algo que alejaba de sus pensamientos lo que hacía un momento había sucedido.

— Otra vez el Tutelar, ¿eh?

— No. Era particular.

— ¿Lleva sello?

— ¡Yo qué sé!

— ¿Qué quieren?

— Tomarme el pelo — contestó Jacinto, sombrío, y echó a andar.

El chico cogió la carta a escondidas, la alisó, se la guardó en un bolsillo y echó a correr para alcanzarlo.

Juntos se dirigieron a la parada del tranvía, después de haber dado un rodeo para evitar las tiendas conocidas. El chico se hizo el desentendido para no saludar a sus numerosos conocidos, temiendo que no le devolverían el saludo si lo veían acompañando a su tío. Llegaron a la parada sin haber pronunciado una sola palabra. Tuvieron que esperar mucho rato hasta que apareció un tranvía lo suficientemente abarrotado para que pudieran viajar en el estribo hasta las Ventas.

La inmensa explanada que rodeaba la plaza estaba totalmente desierta. Una sola mirada les bastó para darse cuenta de que habían dado con abundante material. La víspera se había celebrado una gran corrida y el público había dejado como recuerdo una generosa provisión de colillas.

Rápidamente pusieron manos a la obra.

El chico las recogía con las manos, pero Jacinto, con una precisión certera, utilizaba la aguzada punta de su paraguas.

Los bolsillos se llenaron velozmente y abultaban ya cuando llevaban recorrida tan sólo una cuarta parte de su itinerario.

Durante la tarea, el chico perdió de vista a su colega pero poco después le descubrió, con gran sorpresa por su parte, contemplando, rígido y confuso, uno de los carteles pegados junto a la entrada principal.

La hoja de papel, ilustrada con un dibujo a todo color, especificaba el programa de la charlotada que iba a celebrarse aquella misma noche. En ella, con grandes letras de molde, figuraba el nombre de Jacinto como el del matador respetable.

—¡Tienes narices! — fueron las roncadas palabras que se abrieron paso por fin a través de su garganta.

Por lo menos una nueva docena de veces volvió a leer su nombre, mientras liaba en un trozo de papel de periódico unas cuantas colillas, sin mirar siquiera al chico. Luego frotó un montón de cerillas en la lija de la caja, sin advertir que se le habían mojado en el bolsillo de la chaqueta.

El chiquillo, que sentía aún vivos remordimientos por lo ocurrido en su casa, señaló con el dedo, silenciosamente, el bolsillo del pañuelo, pues era de suponer que quedara en él por lo menos un par de cerillas secas.

Jacinto, sin decir nada, hurgó, sacó una y la frotó contra los ladrillos de la pared. Encendió el cigarro, lo miró y soltó el humo.

Luego, perplejo, se rascó el cogote y levantó los ojos hacia el límpido cielo azul, como si quisiera pedirle consejo.

Pepote habría reanudado su labor, de no habérselo impedido la voz de su tío:

—¡Vámonos!

# PACO EL SEGURO

## PRIMERA PARTE

**F**rancisco García - Francisco León García Linares, para ser más exactos - era un ciudadano honesto que tenía fe y confianza en Dios. Posiblemente esto explique el brusco remordimiento que se apoderó de él en el instante de meterse en el bolsillo el revólver que acababa de adquirir. El frío metal perforó inmediatamente el forro ya gastado, deformó la línea de su pantalón y entorpeció su andar golpeándole el muslo cada dos zancadas.

Francisco moderó todavía más su prudente paso. Inmediatamente experimentó un alivio físico del que se aprovechó para examinar con mayor detención los íntimos problemas que se le planteaban.

La verdad es que ya se arrepentía un poco de haberse comprado el arma. Tenía la impresión de que el hinchado bolsillo atraía las miradas de cada transeúnte. Al volver la esquina de la calle se detuvo, vacilante, ante una taberna que conocía. Desde el interior llegó hasta él el ronroneo de un aparato de radio que transmitía las noticias del día. Poseído por una súbita inspiración, entró, pidió un vaso de vino al pasar ante el mostrador y se dirigió hacia los lavabos, al final del pasillo.

\*

Allí sacó el revólver y se creyó en la obligación de examinar su funcionamiento, precaución que descuidó en el momento de efectuar la compra. Ni que decir tiene que ésta tuvo por escenario el *Mercado de las Pulgas* y se había efectuado en plena calle, en medio de una multitud de curiosos y compradores.

Aparte de la vieja escopeta de dos cañones que él había manejado treinta años antes, Francisco García no tuvo jamás un arma en su poder. De ahí su torpeza al extraer del revólver la carga de balas. A través del agujero del tambor, apuntó a la bombilla cuajada de cagadas de mosca que colgaba sobre el lavabo y no se arriesgó a manipular el gatillo del viejo ingenio de origen alemán hasta que se hubo asegurado de que no contenía ningún proyectil.

Repitió la maniobra varias veces, tosiendo ruidosamente para sofocar el chasquido del gatillo en el caso de que el chirrido de la radio no fuera suficiente. Después envolvió el revólver en su pañuelo, se metió el paquete en el bolsillo y volvió al mostrador a tomarse su vino tinto.

Hallábase agitado por encontrados sentimientos. Su amor propio estaba satisfecho: el extraño joven que le había vendido el arma no le había dado el pego, puesto que aquella funcionaba perfectamente. Por ochenta pesetas tenía en sus manos la vida y la muerte de seis hombres, exactamente el número de balas que había en el tambor. No había duda de que experimentaba una cierta impresión de poderío. Pero el poderío impone siempre determinadas responsabilidades.

Su ánimo, como hemos dicho, estaba poseído por una contradicción cuyo segundo elemento no era tanto un sentimiento preciso como una vaga sensación que participaba del remordimiento que Francisco García comenzaba a experimentar.

—No matarás a nadie, es un mandamiento —repetía con desinterés.

Luego pagó y tomó el camino de su casa para ir a almorzar.

\*

El sol caía a plomo y no dejaba subsistir más que raras y reducidas sombras. Avanzando por el asfalto reblandecido por el calor y casi fundido a veces, Francisco García tenía un gran cuidado en que no se le enviscaran sus gastadas suelas. Como todo madrileño que se respetaba llevaba un traje negro, la corbata negra de rigor, una camisa blanca de cuello y puños almidonados, más o menos el uniforme del pequeño burgués consciente y organizado con quien sería andar a grillos tratar de explicarle los inconvenientes de tal atuendo en semejante canícula.

En el escaparate de una agencia vio un cartel anunciando una corrida de toros para el próximo domingo. Su mirada se fijó en los nombres de los tres espadas, toreros de segunda fila, y se le revolvió la sangre.

—¡Tres majaderos en la primera plaza de España, y en plena temporada, por si fuera poco!

—No hay derecho — se indignó, a su lado, un caballero de cierta edad qué había recogido a su nieto del colegio.

Desabrido, Francisco García prosiguió su camino.

«¡Si al menos supiera por qué he comprado el revólver!», refunfuñó en la escalera, subiéndolo los escalones con una calculada tiesura por temor de estropear el cuello de su camisa con un movimiento destemplado.

A decir verdad, le hubiese costado encontrar una razón válida. No sabía que tuviese enemigos por el momento y, según le parecía, no los había tenido jamás. Sin fortuna, no estaba en situación de ser envidiado. Nunca había hecho daño a nadie, ni bien tampoco, porque comprendió a tiempo las lamentables consecuencias que podría acarrear semejante iniciativa en su soleada España. Jamás había hecho política, ni siquiera durante la Guerra Civil que logró trastear sin vestir el uniforme, aunque vivió todo el tiempo en Madrid. Como la mayor parte de sus compatriotas, comenzó por tener una debilidad por los alemanes. Pero en mayo de 1935, en la terraza de un café, el empleado de una agencia de viajes alemana, le hizo saber que todos los habitantes de la provincia de Toledo eran considerados como sospechosos por el nacionalsocialismo, habida cuenta de sus orígenes dudosos, es decir, semitas. Francisco creyó al principio que su joven interlocutor estaba bromeando, pero cuál no sería su asombro cuando se enteró de que su apellido Linares era indiscutiblemente sefardita, y que sería considerado por lo menos como medio judío, con respecto a las leyes definidoras de arios y judíos.

Esta revelación puso fin a sus sentimientos germanófilos, después de lo cual, casi sin transición, sus simpatías se dirigieron a los Defensores de los Derechos del Hombre. Sin duda por este motivo permaneció en la capital, desde que estalló la revolución. Pero las primeras quemaduras de iglesias y conventos lo curaron definitivamente de toda preocupación política o, más exactamente, lo inmunizaron para el resto de sus días. No es que se sintiera atraído por los sacerdotes. Al contrario, le inspiraban cierta aversión.

Pero amaba las iglesias.

A fines del año 1938, cuando ya no había prácticamente jóvenes en estado de empuñar las armas, porque todos figuraban bajo las banderas de uno u otro lado, fue incorporado al Ejército a pesar de sus maniobras dilatorias y de que no se encontrase ya en su primera juventud. Apenas vistió el uniforme consiguió obtener una audiencia de su coronel. A falta de mejor argumento, se vio forzado a confesar a su superior lo que hacía. El coronel se echó a reír, lo invitó a comer y al día siguiente lo devolvió a la vida civil. Al honorable militar no le hacía gracia que el nombre de su regimiento se asociara al del extraño recluta.

Porque Francisco García era famoso desde hacía muchos años. Se había convertido en un personaje legendario al que las coplas ponían en la picota y a cuya costa circulaban innumerables historias dichas al oído por toda España, entre jóvenes y viejos, en los pueblos y las ciudades. Todos le llamaban familiarmente Paco.

*Paco el Seguro.*

Vivía en el tercer piso de un vetusto inmueble, un piso compuesto de una habitación y cocina. A medida que sumaba años, veíase obligado a detenerse con mayor frecuencia en la escalera para cobrar aliento, pero tenía el puntillo de que estas pausas no tuvieran testigos.

Apenas franqueó el umbral de la cocina, que hacía también las veces de recibimiento, su mujer supo que estaba de mal humor. Le había bastado oír el característico arrastre del pie

derecho de su marido, señal que no le engañaba nunca y que ella registraba como una advertencia del cielo.

—¡Hola, María! — dijo Paco secamente a su mujer, mientras ésta se apresuraba a quitarle la chaqueta.

Pasó las manos bajo el grifo, cambió su camisa empapada de sudor por una chaqueta de pijama y se sentó a la mesa ante un humeante plato de potaje. Marido y mujer no cambiaron la menor palabra, ni siquiera cuando María llevó a la mesa el bonito frito relativamente fresco, que se repartieron equitativamente, ni cuando le sirvió un bistec con patatas fritas, acontecimiento que Paco dejaba pasar raras veces sin saludarlo con una crítica o comentario. Paco se comió la carne y María las patatas fritas. Desde hacía cinco años, es decir desde el principio de la revolución, ella había renunciado a la carne que agravaba demasiado su modesto presupuesto y turbaba la armonía de su unión.

María hubiese querido hablar pero cuando comprobó que su marido no tocaba el queso de Cabrales que se había procurado con tanto esfuerzo, consideró más prudente contener la lengua.

Mientras quitaba la mesa, Paco se quitó los zapatos y se retiró a la habitación donde, gracias a las cortinas corridas, reinaba una atmósfera un poco más soportable, a pesar del calor aplastante.

No había acabado de desabrocharse el pantalón, cuando sintió que el sueño lo dominaba. Sus manos flojas soltaron la prenda y pantalón y revólver cayeron juntos en el suelo y produjeron un ruido inquietante.

—¿Qué te pasa? — preguntó María, asomando la cabeza en la habitación.

—Nada — respondió el hombre, subiéndose los pantalones como si se diera vergüenza — ¿Qué quieres que pase?

Por primera vez en su vida, durmió la siesta sin quitarse los calzones.

\*

Es decir, hubiera echado la siesta si hubiese podido dormirse. Pero los problemas que lo habían atormentado antes del almuerzo venían a complicarse ahora. A la cuestión de saber por qué había comprado el revólver se sumaba otra: ¿qué hacer con él? ¿dónde guardarlo? Con la mirada inspeccionó muebles y rincones buscando un escondite adecuado. La tarea se presentaba difícil. La habitación no era grande, el mobiliario reducido a lo estrictamente necesario y las virtudes caseras de María, todavía complicaban más las cosas. Por último, con mil precauciones, sacó el brasero de debajo de la cama, donde dormía su sueño de verano, y escondió el arma entre plato de cobre y el fondo de madera.

Podía disponer aún de una buena media hora y la aprovechó para descabezar un sueñecito destinado a restablecer, al menos provisionalmente, su equilibrio.

Despierto, se arregló rápidamente, se peinó y tuvo aún la paciencia de librar su bigotito de media docena de pelos blancos que, traidoramente, se habían mezclado con los demás.

—¿No hay nada nuevo? — preguntó a su mujer en el momento de cruzar la puerta como para despedirse.

—Pacita te ha mandado recado diciendo que vendrá a las seis y media.

—¿Qué Pacita?

—La del abogado.

—¡Ah, bueno! — dijo Paco con aire de quien recuerda — Si me retraso un poco, que me espere.

\*

Eran las cuatro y pocos minutos cuando Paco franqueó la puerta giratoria de «Eldorado». Sentados a su mesa habitual vio a Gutiérrez y a Ambrosio que se abanicaba con el periódico aunque estaba sentado delante del ventilador. Al ver a Gutiérrez en los ojos de Paco se dibujó

una arruga. Le consideraba demasiado joven para ser digno de la amistad de un hombre serio. No le gustaban de él ni sus orígenes —había nacido en las islas Canarias—, ni su ambiente —su padre era un rico exportador de plátanos—, pero lo que más le disgustaba de él era que pretendía dedicarse a la pintura y se comportaba ya como si fuese un artista consumado.

En cambio, Paco experimentaba una gran simpatía por Ambroise, de quien tenía el mejor concepto. Éste vivía desde hacía diez años en Madrid y hablaba más correctamente el castellano que cualquiera de los habituados, aunque lo hiciera con un cierto preciosismo. En otro tiempo había sido profesor de Historia en un colegio de provincia en Francia y las revistas históricas públicas en París contenían a veces pequeñas notas firmadas con su nombre y apellido. Pero un buen día presentó su dimisión en la academia, liquidó todos sus asuntos y tomó el tren para Madrid. Tenía la intención de quedarse allí unas semanas, o unos meses todo lo más, pero la vida madrileña, hecha de dejadez y desenvoltura y para la que el tiempo no cuenta, le sedujo tanto que se quedó definitivamente en la capital española.

Paco había esperado, sin formulárselo, que lo encontraría solo y que podría pegar una larga hebra con Monsieur Ambroise. Esperanza injustificada por cierto, porque a aquella hora había mucha gente sentada a la mesa.

—¡Qué calor! —exclamó el pintor por decir algo y sin demasiada indignación, porque de los tres él era el único cuya camisa no estaba ya empapada de sudor — ¡Treinta y ocho grados a la sombra! — concretó.

—Treinta y seis solamente — replicó Paco con voz seca.

—Acabo de verlo en el termómetro de la farmacia.

—En el Retiro están a treinta y cinco. Lo ha dicho la radio ahora mismo.

—Sí, pero el Retiro es un parque lleno de grandes árboles — replicó el pintor —, y sin tener en cuenta el estanque.

Ricardo, el viejo camarero, apareció llevando en la bandeja una taza de café y una copa de coñac llena hasta la mitad. Tenía libre la mano derecha con la intención de poder estrechar la de Paco antes de servirle.

—Sólo que la farmacia se encuentra en la Puerta del Sol y a nadie se le ocurriría compararla a una nevera.

—Hasta los niños saben que es el rincón más caluroso de Madrid — recaló Paco golpeando la mesa con la palma de la mano.

Hablaba con una voz tranquila, como impersonal, pero por su entonación se comprendía que no tenía deseo alguno de proseguir el debate.

Buscó con la mirada, a través del humo ya espeso que flotaba en la sala, a Ramón, el limpiabotas, que hubiese tenido que comparecer con el cigarro cotidiano. Acabó por descubrirlo en el otro extremo de la sala, justamente ante la primera mesa frente a la entrada, y por sus signos comprendió que acudiría en cuanto hubiese despachado a su cliente.

Ayudado por un colega, Ramón limpiaba diligentemente los zapatos de un andaluz borracho perdido, tocado con un sombrero de ala ancha. El espectáculo de este joven enviado en el canapé de terciopelo rojo gastado hasta la urdimbre y de los esclavos arrodillados a sus pies era muy sorprendente en Madrid, y seguramente lo habrían sido también en Andalucía. La finalidad de todo aquello era probablemente atraer la atención de los clientes sobre el gesto fastuoso de este cliente original.

La perspectiva del cigarro no atraía a Paco más que a medias, porque había decidido privarse de este lujo al menos durante tres o cuatro semanas, el tiempo de reparar el mordisco dado a su presupuesto con la compra del revólver. Por otra parte, el cigarro no era cosa que le quitase el sueño. Fumaba sobre todo porque todo hombre que se respeta fuma su cigarro saboreando el café de después del almuerzo. Uno fuma del mismo modo que se hace servir una copa de coñac o de anís. Que tampoco le gustara demasiado el coñac era cosa que sólo se confesaba a sí mismo. Un análisis a fondo de la cosa le habría llevado a plantearse otra cuestión: ¿por qué se dejaba la tercera parte de sus ingresos en aquel local lleno de humo?

Pero ¡qué remedio! Todo el mundo obraba de la misma forma. Al menos todas las personas que saben vivir.

Mientras tanto, Ramón llegó con la caja de puros. Paco no vaciló. Si hubiese estado solo en aquella mesa con el señor Ambroise, que, a pesar de todo no era más que un extraño, quizás hubiese tenido el valor de decirle al limpiabotas que tenía irritación en la garganta y que prefería esperar que le pasara. Pero ante aquel maldito pintor no podía echar mano de un subterfugio tan ingenuo. Sus expertos dedos tantearon, sin mirar, en la caja y eligieron el mejor habano directamente importado de las Islas Canarias. El pago de un puro constituía en sí un rito. Con un amplio ademán entregó un billete al vendedor con el que obtuvo un pequeño y regular ingreso. Naturalmente, en el estanco no se paga más que el precio establecido. Pero ¿quién compra un cigarro en el estanco? Esto sería tanto como llenarse de estorbos los bolsillos de la chaqueta que no están destinados a este objeto y en los que correrían el riesgo de estropearse. Por lo tanto, no se compran puros en los estancos, como tampoco se compran cerillas. Todo el mundo compra las cerillas en la calle, con un plus, en el puesto del caramelero o del vendedor de periódicos. Sólo las viejas avaras hacen excepción de la regla.

¡Si pudiera saber por qué había comprado aquel revólver!

Su mirada se detuvo en el señor Ambroise, sumido en su diario. Paco prosiguió entonces el rito comenzado: sus vigorosos dedos despojaron al puro de su envoltorio de celofán con el cual hizo una tea. Encendió un extremo, luego lo sumergió en su taza casi vacía y encendió el cigarro en medio del vapor de café que de ella salió bruscamente. El reflejo del grueso solitario engarzado en un anillo de plata dorada que brillaba en su dedo meñique, el de la fina cadena de cobre plateado que llevaba en la muñeca realzaban el esplendor de la ceremonia. Paco no trataba de provocar un efecto escandaloso; por lo que a él se refería era solamente una manifestación de buen gusto y respeto por la tradición.

Por un momento esperó poder quedarse a solas con el francés, pero cuando Juanito, el pintor, pidió un nuevo café, Paco pagó su consumición y se fue.

\*

En la Plaza Mayor entró en una Agencia de Colocaciones. Le dijo al empleado que se amodorraba detrás de una ventanilla que le anunciara al director, luego se sentó al lado de una sirvienta que estaba aguardando en un largo banco de madera. Paco cruzó las piernas e intentó poner orden en sus ideas y preparar el tono de su conversación. El director de la agencia, don Federico, que venía a ser, de manera indirecta, el patrono de Paco, hallábase en su reducto hojeando el número dominical de ABC. En la pared, una amarillenta foto de Belmonte. Un abarrotado fichero, un desconchado tintero de loza, una butaca de respaldo de cuero y una vieja caja de caudales que contenía en aquel momento setecientas cincuenta pesetas y media botella de coñac, eran los accesorios que daban a aquella pieza minúscula una vaga atmósfera de oficina.

El señor Muñoz terminó la lectura de la sección necrológica, recortó cuidadosamente el crucigrama, se puso la chaqueta que se aireaba en el respaldo de la butaca e hizo entrar a su visitante.

—¿Cómo está usted? ¿Qué hay de nuevo? — le preguntó.

—Todo perfecto. Y usted, ¿qué tal?

—Como de costumbre.

Don Federico esbozó una sonrisa que descubrió sus dientes de oro y se irguió en su butaca como corresponde a un director de empresa.

—Espero que no habrá venido a pedir dinero.

Un poco molesto, Paco se irguió en su silla.

—Sé — dijo — que no arreglaremos cuentas hasta pasado mañana. Pero qué quiere usted, estoy a pre.

—¿Y cree usted — ironizó el director — que tengo tanto dinero como para parar un tren, como suele decirse? No se salga del tiesto, querido Paco.



—No he dicho semejante cosa — protestó el otro — ni lo pienso. Usted sabe — añadió con tono conciliador para limar aristas — que para las personas como yo se dice también que el martes es siempre más largo que el lunes.

—Sea — dijo con Federico magnánimo y, resignado, tendiendo la mano hacia una cartera de fúnebre aspecto — Sin embargo, confío en que ésta será la última vez que me tome usted por el Banco de España. ¿Qué le debe la casa hasta el día de la fecha?

—Seis veces diez duros — dijo Paco, después de un instante de reflexión —. Es decir, trescientas pesetas — concluyó con voz firme.

—Me parece que está usted en un error — dijo el otro, desabrido, abriendo su libro registro —. Veamos: viernes, Lola... ¿Es así?

—Perfectamente.

—Sábado... A ver qué pasó el sábado... Sábado, Concha, ¿no es cierto?

—Cierto.

—Lunes... lunes... lunes, María Dolores.

—Exacto.

—Martes, Concha la gorda.

—Sí, la gorda.

—Miércoles, miércoles... Aquí no veo a nadie. Perdón, me equivocaba. Miércoles, Blanquita, ¿verdad?

—Sí.

El director cerró el libro registro y su rostro adquirió un aire severo.

—Total, cinco, y no seis, mi querido Paco. Y cinco veces cincuenta por muy bien que contemos y volvamos a contar, no son más de doscientas cincuenta.

—Es que — dijo Paco, incómodo — había contado también el trabajo de hoy.

Don Federico examinó varios argumentos decisivos que hubiese podido exponer a su interlocutor, pero la discusión le fatigaba de antemano y prefirió desembarazarse del inoportuno peticionario. Pagó, pues, a Paco y se sorprendió no poco cuando el otro, en lugar de despedirse, se consideró en la obligación de exponerle el verdadero motivo de su visita, con tanta resolución como timidez.

—Hacía mucho tiempo que quería hablarle, don Federico, pero siempre lo dejaba para mejor ocasión. Yo soy un hombre de palabra y no tengo la costumbre de romper un compromiso una vez que lo he tomado. Pero usted sabe muy bien que todo se pone por las nubes. No hay semana que tal o cual cosa no suba de precio. Desde hace meses el pescado tiene un precio prohibitivo, me refiero, claro está, al pescado comestible. En cuanto a los garbanzos, cualquiera diría que estercolan con oro la tierra en que se crían.

—Un momento, tengo mucha gente esperando. Si toda esta palabrería me la suelta usted para pedirme un aumento de sueldo, pierde usted el tiempo.

—Pues se trata precisamente de eso — replicó Paco, frunciendo el entrecejo — Lamento que no me deje usted terminar. Yo no pico piedra, ¿sabe usted? Yo no puedo contentarme con cualquier cosa que llevarme a la boca. Mi trabajo es muy delicado y, si me veo obligado a renunciar a mi ración de carne (y por carne entiendo un bistec de primera calidad, lo suficientemente fresco para que pueda comerlo casi crudo), me lavo las manos. Ya veremos el resultado.

—¿Y qué quiere usted que haga? ¿Acaso el salario de las nodrizas ha aumentado en un duro desde el año pasado? ¿Y yo? ¿He aumentado mi comisión? Pues ¿qué?

—No he venido a pedirle limosna — dijo Paco, indignado — Le pido solamente comprensión. Hablamos de hombre a hombre, digo...

—¡Qué duda cabe! No le replico a usted en ese tono. Sé perfectamente que tiene usted razón, desde su punto de vista. También a mí me hace la pascua la carestía de la vida. Pero ¿qué caray quiere usted que haga? Ni siquiera puedo darle un consejo... A menos que usted trabaje un poco más.

Paco se puso rojo como una amapola.

—No tengo veinte años, don Federico, ni treinta. Los cuarenta los dejé atrás hace ya tiempo. Piénselo, don Federico. Otros hombres, a mi edad, pueden darse por contentos pudiendo mear normalmente.

—No quería darle ningún consejo... Me limitaba a pensar en alta voz.

—Además, dejando aparte toda otra consideración, no es la cantidad, sino la calidad lo que cuenta en mi trabajo. En esto, supongo, estamos de acuerdo.

—Totalmente de acuerdo. Pero ¿qué ganamos con ello? Déjeme pensar las cosas. No le prometo nada, porque por el momento no veo ninguna solución. Lo único que puedo decirle es que pensaré en ello seriamente.

Acompañó a Paco hasta la puerta. Ya en el umbral, dijo:

—Hay algo en lo que siempre he pensado y que nunca quise decirle. ¿Cómo un hombre, ejerciendo una profesión como la suya, puede estar casado?

Paco meditó una respuesta categórica y viril, pero el otro cerró la puerta a su espalda, antes de que le hubiese llegado la inspiración.

\*

En aquel momento no tenía nada que hacer. No eran todavía las seis y no quería regresar a casa demasiado pronto. Se dirigió hacia el frontón cercano — frontón de señoritas — cuyo portero era un hombre comprensivo. A aquella hora de la tarde había siempre plazas libres y, de todos modos, era el momento en que Rodríguez, el anticuario medio ciego, que tenía reservada siempre una butaca en la primera fila, la abandonaba con la regularidad de un reloj. Paco frecuentaba aquel lugar desde hacía muchos años. Lo conocía como la palma de su mano por una razón que no alcanzaba a comprender: porque allí se entregaba mejor a sus meditaciones. Cada vez que entraba en el local jugaba lo menos que podía. No se jugó más que las dos pesetas que se había ahorrado al entrar de gorra. Jugaba siempre a la primera quiniela, y siempre la combinación 2:6. Era un dinero mejor empleado que el de un vaso de cerveza y de vez en cuando se iba a casa con un beneficio de algunos duros.

—Veinte colorado, veinte colorado, cuarenta colorado.

Mientras subía la escalera oyó los gritos de los apostadores. Esto quería decir que iba a empezar el gran partido. Podía durar tres cuartos de hora — hasta los treinta y cinco puntos — y por lo tanto no podría aguardar la quiniela gracias a la cual tal vez hubiese podido recuperar el dinero que le había costado el revólver.

Paco se sentó en la sala recalentada. En el húmedo ambiente flotaban humos de sudor. Enormes ventiladores de principios de siglo aumentaban el ruido sin proporcionar el más ligero frescor. Todavía Paco estaba buscando la respuesta que debió haber dado al director en el umbral de la puerta. La que estaba a punto de establecer sería sin duda más conciliadora y amistosa que la respuesta que hubiese podido brotar espontáneamente en el momento en que la puerta se cerró a sus espaldas. En el fondo Paco se felicitaba por haberle faltado la réplica. Las palabras le hubiesen sido dictadas por la indignación y quizá se hubiese peleado con el director. Entonces se enfureció, pero ahora el furor había sido sustituido por una herida de amor propio. Le humillaba todavía la observación hecha a propósito de su esposa. Un hombre como debe ser jamás alude a la mujer de otro hombre. O si lo hace es por pura cortesía y sin que sus palabras rocen lo más mínimo las relaciones íntimas de los esposos. Las bromas sobre semejante tema pasan todos los límites de la buena educación. Una observación así no puede quedar sin respuesta. Naturalmente, no se trataba de romper con don Federico; esto no hubiese tenido sentido. Hacía treinta años que trabajaban juntos sin haber tenido el menor choque, por lo menos sin un tropiezo serio. Un disgusto entre ellos significaría para Paco la pérdida del empleo. Además, lo otro podía esperar.

¿Había hablado seriamente cuando prometió reflexionar sobre la situación de Paco? (Sólo Dios podría decirlo!

El partido estaba acabando. Paco echó una ojeada al reloj, que marcaba las dos y cuarto. Habida cuenta de que todos los domingos las dejaba atrás y que Paco conocía la cadencia de su retraso diario, calculó que serían las seis y media.

Se levantó con precaución para no hacerse notar con el crujido de su asiento.

\*

Cuando llegó a su casa, María, su mujer, no estaba sola en la cocina. Pacita se había sentado a su lado ante la mesa y la ayudaba a mondar patatas charlando alegremente. María debió advertir a la nodriza que su marido estaba de mal humor porque la joven no pareció sorprenderse de que Paco no respondiera a su saludo.

Avanzó directamente hacia la alcoba donde se creyó en el deber de desnudarse. Una ojeada al lecho, que María había cubierto con un hule oscuro, le advirtió que no tenía necesidad de quitarse los zapatos. Como Pacita tardaba mucho en secarse las manos húmedas de zumo de patatas, Paco gritó con un tono carente de amabilidad: — ¡Vamos, de prisa!

\*

—Quédate aquí sin moverte — ordenó Paco, mientras volvía a vestirse — Espera a que María te llame, Si esto no agarra, vuelve el mes que viene. Entiéndete con María para la fecha. Buena suerte.

Paco estaba ya en el rellano cuando observó que por las mejillas de su mujer resbalaban unas gruesas lágrimas.

—¿Qué te pasa? — preguntó estupefacto, acercándose a María que se apoyaba en *El Quicio* de la puerta.

Pero inmediatamente lamentó este acceso de ternura porque una violenta vaharada de cebolla le llegó a las narices. María tenía aún en las manos el cuchillo corto que le servía para mondar las legumbres de la cena.

Se encontraba en la Puerta del Sol, el centro del mundo, como todos saben. Miró distraídamente los titulares de los periódicos que tenía colgados el vendedor de la esquina. Luego se dirigió con paso tranquilo hacia el café «Granja el Henar», en la calle de Alcalá. Frecuentaban este establecimiento dos ginecólogos amigos suyos y solían estar allí a aquellas horas. No entró, se contentó con pasear por la acera entre la puerta del local y la cercana boca del Metro, maniobra que le permitiría, dado el caso, surgir ante los médicos como por casualidad.

No le gustaba mucho «El Henar», demasiado rústica para él. Además, a aquella hora, no habría podido pedir café, sino un costoso aperitivo. Tampoco estaba seguro de que los ginecólogos fuesen ese día.

Al cabo de un rato, cansado de dar vueltas como un oso en la jaula, reanudó el camino de la Puerta del Sol.

Sentía cada vez más viva la necesidad de hablar con alguien. Esta necesidad de expansión era en él muy rara. Pero esta vez le pesaba la soledad. Ocioso, dio dos veces la vuelta a la plaza que, incluso a aquella hora crepuscular, transcendía un calor infernal, como si el aire saliese de una caldera a presión. Las nubecillas malva que se levantaban en el horizonte presagiaban una beneficiosa tormenta, esperanza casi siempre fallida en aquel tiempo de canícula.

Paco lanzó una ojeada al salón del «Eldorado». De toda la peña de la tarde no quedaba nadie. El único rostro familiar era el de Ricardo, el viejo camarero.

—Papel de fumar, cerillas, cigarrillos y cerillas — salmodiaba el canoso vendedor instalado a la entrada del Metro.

Paco era un cliente fiel. Le compró un paquete de cigarrillos de tabaco negro, mientras pensaba que Ricardo acabaría su servicio a las nueve. ¿Y si esperase? Pero no era cosa, claro está, de pillarlo a la salida, sino un poco más lejos, en la parada del tranvía. Le invitaría a tomar

una copa. Tenía pocas posibilidades de una negativa, porque Ricardo era soltero y no debía tener una prisa particular en regresar a su casa.

Paco sacó de su paquete un cigarrillo de papel casi tan malo como el de periódico, lo deshizo y lio el tabaco en una hoja de papel más fino que sacó de un librillo que acababa de comprar. Después de esto se dirigió de nuevo al frontón. Evidentemente habría podido volver a su casa, pero esto no tenía objetó. La cena no estaría a punto hasta las diez. Las casas de los humildes sólo son hogar para las mujeres y los niños. El hombre no acude a él más que para comer y dormir. Y esto en el mejor de los casos. En cuanto a tener una verdadera conversación con María, la empresa tropezaba con dificultades casi insuperables.

A pesar de su mal humor, Paco estuvo a punto de sonreír al pensar en la cara que pondría María cuando le mostrase el objeto que había escondido bajo la cama.

—¡Caray! — juró de pronto.

Acababa de tener una súbita inspiración. Evidentemente tenía ganas de hablar del revólver con alguien. Esto no tenía la menor duda.

Había llegado a la calle de la Victoria y ante la tasca que frecuentaba desde hacía mucho tiempo porque el vino tinto que servían en ella jamás estaba bautizado. Una peseta el vaso y en este precio se incluía, por si fuera poco, una porción de gambas fritas. Después del primer vaso el calor le pareció intolerable.

\*

No, la verdad es que no tenía inconveniente alguno en pegar la hebra con Ricardo. Era de más edad que Paco y hombre discreto. La prueba es que sabía guardar las distancias hasta con los clientes más curiosos del café. A todas estas garantías se sumaba otra: Ricardo y Paco eran paisanos. Todavía hoy continuaban tuteándose y, aunque no tenían ninguna relación de intimidad, Paco consideraba al otro como un amigo. Ciertamente no se consideraba obligado a Ricardo, pero gracias al camarero de «Eldorado» había hecho carrera.

Paco había caído por Madrid durante la Primera Guerra Mundial y comenzó a trabajar en la capital como aprendiz de cerrajero. Bien es verdad que él no había elegido por su gusto este oficio caído un poco desuso, ni tampoco sus padres quienes lo habían llevado a él. Fue obra de la casualidad. Un día, con motivo de la boda de un pariente, llegó al pueblo un maestro cerrajero y declaró que enseñaría con gusto los secretos del oficio a un joven paisano. Desde su más tierna infancia Paco soñaba en la metrópoli, de manera que no se hizo rogar mucho tiempo. A cambio de su trabajo recibía la manutención. La comida no estaba mal y era suficiente, pero el joven aprendiz de sangre generosa desde el primer día, o poco menos, no tenía un céntimo.

Sin embargo, en aquel tiempo, no fumaba aún y bebía agua en lugar de vino. Pero no podía pasarse sin mujeres y esta necesidad elemental lo obsesionaba sin descanso, del mismo modo que los muchachos de su edad sentían la necesidad de hablar de ellas.

Fue Ricardo quien lo sacó del apuro. Trabajaba ya como camarero en el «Café Habanero», situado en un ruinoso edificio de la calle de los Leones. El establecimiento era lugar de citas de un género muy particular, pero los consumidores de espíritu aventurero podían hacerse servir una mezcla llamada café, después del almuerzo o la cena.

Incomprendidos un poco maduros de cuerpo y alma formaban la mayor parte de la clientela del «Habanero»: ellas citaban allí a sus caballeros, o bien iban a pescarlos. A pesar de todo, este tráfico no podía ser considerado como inmoral, puesto que los jóvenes consoladores no percibían retribución alguna por los servicios prestados, y las damas de corazón tierno no pagaban más que la habitación y, todo lo más, la consumición de su compañero de una hora.

Entre las seculares paredes de esta honorable institución, la única preocupación realmente grave de Paco encontró una solución a su gusto. Tanto más fácil cuanto que él no se mostraba demasiado difícil. Avaro de palabras, este simpático muchacho jamás hacía inoportunas preguntas a sus amigas y al poco tiempo se puso de moda entre sus damas. Él estaba encantado y deseaba con toda su alma que durase el mayor tiempo posible una situación tan comfortable. Desgraciadamente meses después su optimismo resultó sin fundamento.

## Filmografia